

TOMAS BARAUT, S. S.

EN LA ESCUELA DE DON BOSCO

LECTURAS PEDAGÓGICAS
PARA PADRES Y EDUCADORES



sEi



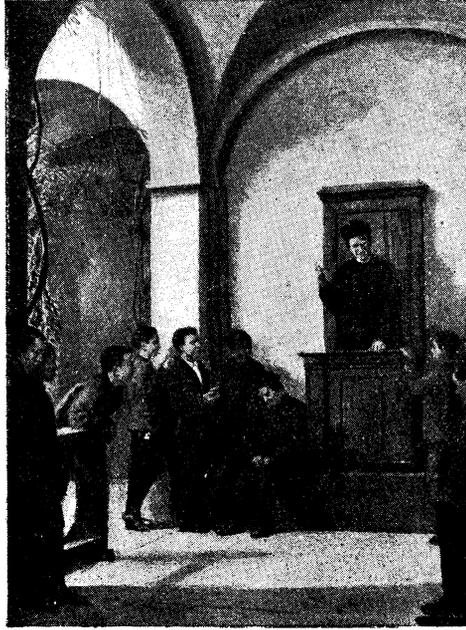
MADRID
SOCIEDAD EDITORA IBÉRICA
Alcalá, 164 - Teléfono 53771

1 9 4 5



10
10/10

EN LA ESCUELA
DE DON BOSCO



DON BOSCO, DESDE UN PEQUEÑO PULPITO COLOCADO AL FONDO DEL PÓRTICO, DIRIGE LAS "BUENAS NOCHES" A SUS NIÑOS INTERNOS.—

Como nuestros abuelos de antaño reunían todas las noches a sus nietecitos alrededor de la lumbre y con palabra sencilla y breve esculpían en aquellas tiernas almas tesoros de sabiduría y experiencia, así, en las casas salesianas, a la noche, cuando el alma del niño está mejor dispuesta, el Padre habla a sus hijos sabrosas palabras de Dios, bajo cuya protección y mirada van a entregarse al descanso. :-: :-:



Refiérese que cuando los Cruzados llegaron a Belén encendieron en la Santa Cueva una antorcha y, corriendo a todo el galopar de sus corceles, la trajeron a Europa para encender con su luz las lámparas de los santuarios de Occidente.

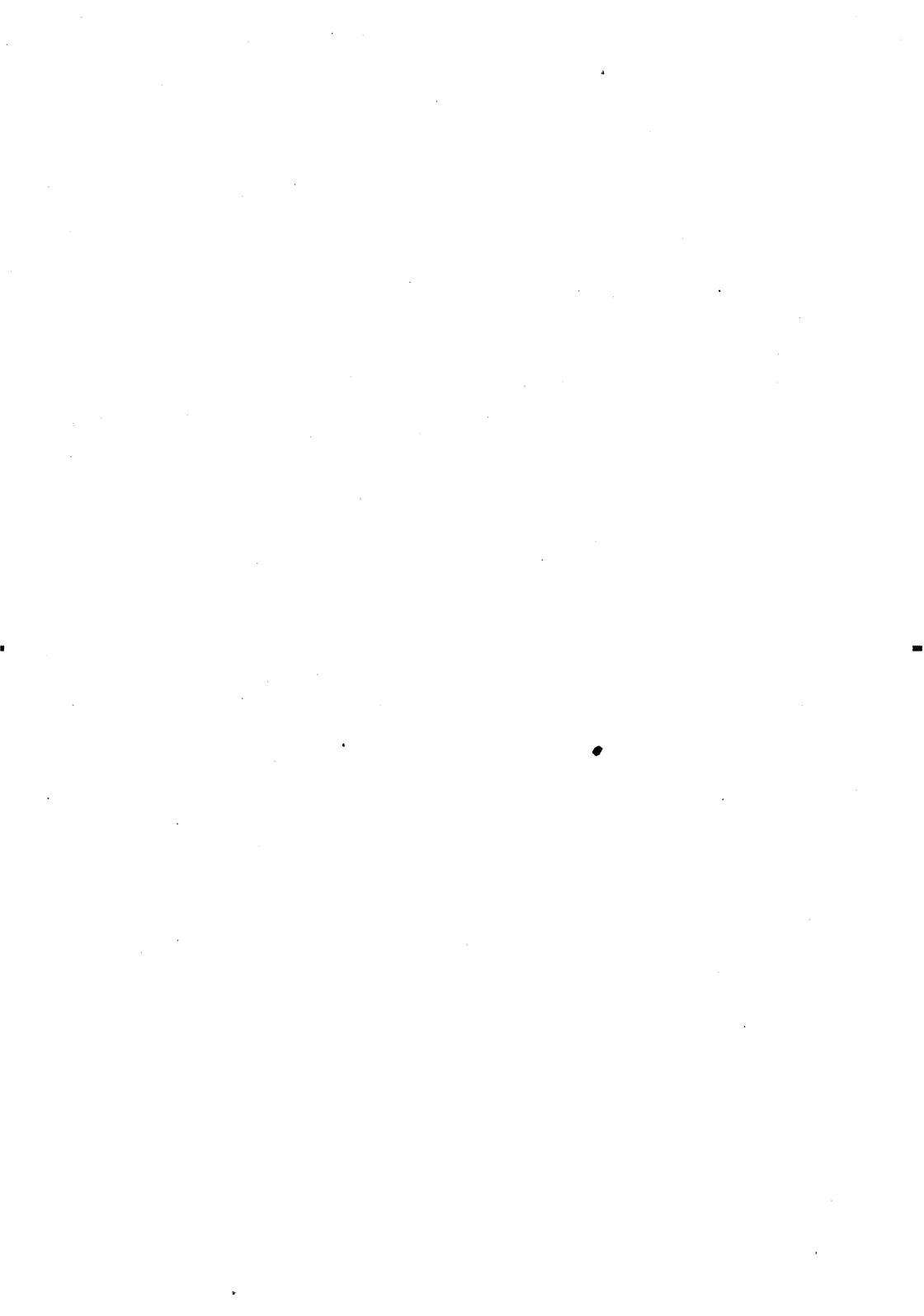
El autor de estas páginas, al igual que cuantos han entrado en esa tierra santa de la Pedagogía católica, cual es la vida y los escritos y las obras de San Juan Bosco, ha sentido encendérsele el corazón en una llama viva de generosas inquietudes primero y de logradas realidades después, para lanzarse con ese afán de difusión que caracteriza al bien, a repartir por todos los santuarios, que tales son los corazones de los educadores católicos —maestros y padres de familia—, el fuego santo e inextinguible de la Caridad pedagógica y de la Pedagogía caritativa en que se ha abrasado antes el suyo al estudiar y practicar el sistema educativo su Fundador.

El que escribe no es el literato que persigue un ideal de belleza en fondo y en expresión; ni el filósofo que investiga detenidamente los principios, sus bases y su enlace lógico para gozarse en la contemplación de una verdad iluminada, sino el soldado que ha descubierto un camino seguro para la victoria y se lanza por él a la conquista de sus objetivos, mientras vocea con premura a sus camaradas para que le sigan. Esto y no otra cosa es el libro que la S. E. I. ofrece hoy a los maestros y padres de familia: la experiencia de un actuador de la Pedagogía que marcha sobre la ruta segura trazada por otro pedagogo práctico que ya triunfó.

Los EDITORES

Madrid, 31 de enero de 1945.

Festividad de San Juan Bosco.



1.—CUESTION PREVIA

¿Tuvo sistema don Bosco? Mucho se ha discutido sobre si don Bosco tuvo un sistema pedagógico y propio.

—Yo obtengo de mis jóvenes cuanto quiero gracias al temor de de Dios infundido en sus corazones—escribía el Santo en cierta ocasión al Superior del gran Seminario de Montpellier, que deseaba conocer el secreto de su pedagogía.

—Vamos, Padre—le replicaba éste, poco satisfecho—; el temor de Dios es sólo el principio de la sabiduría. ¿Cómo concluir la obra? Déme la llave de su sistema.

—¡ Mi sistema, mi sistema !—repetía don Bosco mientras doblaba la carta—. Pero si ni yo mismo lo conozco. Si algún mérito tengo ante el Señor, es el de haber ido siempre adelante, según El me ha inspirado y las circunstancias lo han requerido.

Aunque estaba muy al corriente de la ciencia pedagógica de su tiempo, encauzó sus mejores energías a la acción.

Su fin era salvar de la ruina material y moral a la juventud abandonada, y comprendió en seguida que había de lograr con mayor facilidad su objeto siendo un hábil educador más bien que un docto pedagogo.

Su obra consistió, principalmente, en hacer revivir con sigular maestría sobre el árbol resquebrajado de una pedagogía ruda, incoherente e inadecuada, el injerto valioso del amor cristiano, con toda su vitalidad divina, a la vez que con el esplendor de sus formas atrayentes.

Supo iluminar los tesoros de la tradición pedagógica con las luces del progreso moderno, combinando la solidez de los principios eternos con la ductilidad, elegancia y atractivo de las nuevas formas mediante una riqueza tal de matices prácticos que no ha sido aún superado por educador alguno ; supo hacerse todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo ;' supo huir del excesivo rigor que a la sazón imperaba en la escuela, sin caer, por otra parte, en la mal entendida libertad proclamada en las calles.

El Sistema Preventivo, viejo como el Evangelio del cual emana, distaba mucho de formar en su tiempo un cuerpo de doctrina. Don Bosco recogió sus fragmentos, les infundió un alma y les dio nueva forma, que se refleja en la vida del Santo, en sus palabras, en sus escritos y en las tradiciones salesianas que nos han llegado.

INTEGRIDAD Y ARMONÍA

Desde mucho tiempo atrás se venía cometiendo en materia de educación un error sumamente funesto, cuyas fatales consecuencias hemos experimentado por muchos años. Me refiero a la falta de armonía e integridad en el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales ; al divorcio entre las ciencias especulativas y las experimentales, entre la inteligencia y el corazón, entre la fuerza y el derecho ; al prematuro o excesivo desarrollo de unos y de los otros. Si las monstruosidades y desequilibrios de la educación fueran tan patentes como las deformaciones físicas del individuo, ¡ con cuánta lástima miraríamos a muchos que pasan por grandes hombres y por grandes sabios !

Este desarrollo en los individuos ha trascendido a las familias, a la sociedad y a las naciones..

En vano se busca la estabilidad, la paz y la armonía sólo en el equilibrio de las fuerzas externas. El problema tiene más hondas raíces. Es un problema de educación. La presunción de formar prematuramente obreros especializados nos ha dado una generación de hombres mutilados y monstruosos en el orden moral y de la razón.

La educación integral y armónica debería ser hoy la obsesión de todos los buenos educadores, como lo fué de don Bosco.

Es preciso que reine perfecta armonía y la debida subordinación entre los sentidos del cuerpo y las potencias y facultades del alma.

«Con frecuencia—dice el Santo en la vida de Luis Colle— hay educadores que atienden sólo al desarrollo de la inteligencia y de la sensibilidad de los alumnos y relegan al olvido la facultad soberana, la voluntad, única fuente del verdadero y puro amor de la que el apetito sensitivo es tan sólo una imagen.»

Así rompen la armonía que debe presidir el desenvolvimiento de las facultades del alma, y malogran los frutos de la verdadera educación. La inteligencia y la voluntad sobreexcitadas por una cultura intensa, atraen todas las actividades del alma, absorben toda su vida y adquieren en poco tiempo una vivacidad y una delicadeza extremas. El joven percibe con rapidez, su imaginación es viva y ardiente y su sensibilidad exquisita.

Pero estas brillantes cualidades esconden en sí la más vergonzosa insuficiencia y la debilidad más fatal.

El niño, el joven, fascinado por la rapidez de sus concepciones, no sabe pensar ni obrar con criterio, se halla falto de buen sentido, de tacto, de mesura, de espíritu práctico. Todo lo embrolla, todo lo confunde, ya se trate de palabras, ya de acciones ; os desconcierta con salidas impetuosas y bruscas, con extrañas incoherencias.

Ayer defendía con ardor una incontrastable verdad ; mañana, con la misma subjetiva convicción, sostendrá, precisamente, todo lo contrario.

Esclavo del propio temperamento, ve cada cosa a través de la pasión que le domina en aquel instante. Esto, para él, es reflexionar.

Cuando se equivoca, no pretendáis corregirle ; no reconocerá jamás sus yerros ; dirá siempre que hizo lo que debía hacer : era lo que le dictaba su conciencia... Su corazón carece de estabilidad, hoy ama y mañana olvida. Sin ser realmente malo, no conoce otra ley que la del capricho.

No sabe conservar sus amistades porque es incapaz de tratar a sus amigos con el debido miramiento ; a éste le hiere con alusiones crueles ; a aquél, con una falta de atención y de respeto ; a un tercero le desprecia y le irrita con una sospecha temeraria e injuriosa.

¡ Pobre ser incompleto !... ¡ Y se queja de la incomprensión de los demás !

Se quiso formar un hombre, pero sólo se ha formado un ser inteligente y amante, que es a la vez débil e irracional.

El egoísmo y el amor mal entendido de los padres y educadores contribuyen grandemente a esta lamentable catástrofe.

Se quiere gozar del niño antes que sacrificarse por él ; se celebran sus gracias y donaires, se le adula por placer, o se le castiga por mal humor cuando molesta, rehusa obedecer o estarse quieto.

Es preciso atenerse al espíritu de Jesucristo, a las normas de su moral. Es preciso modelar la voluntad del joven o del niño con prudente disciplina ; formar su conciencia con la palabra y el ejemplo ; desarrollar en su corazón el amor al bien y el odio al mal, haciéndole comprender que el bien no es aquello que nos causa placer o nos produce utilidad, sino el obedecer a Dios, el conformarnos con su santa ley; y el mal es, precisamente, todo lo contrario, aunque parezca útil o agradable.

Qué bien concuerdan estos conceptos con los expresados por S. S. Pío XI en la encíclica sobre la educación de la juventud cuando dice que el fin propio e inmediato de la educación cristiana «es cooperar con la gracia divina a formar el verdadero y perfecto cristiano que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo.»

Así lo reconoció el mismo Padre Santo ante un grupo de alumnos de uno de nuestros colegios al pronunciar estas textuales palabras : «Dad gracias a Dios porque no recibís una educación cristiana ordinaria, sino una educación como saben darla los hijos de don Bosco ; no una educación cualquiera, sino profunda, cuidadosa ; tal, que pueda llenar cumplidamente todas las necesidades del alma y de la vida.» Estas últimas palabras son un tesoro de inapreciable valor pedagógico que muchos padres y maestros miopes no aciertan a comprender.

Por más de una centuria, en España, gran parte de la obra educativa careció también de esa sana integridad que forma hombres completos ; lo que se edificaba en la escuela se derrumbaba en la calle ; los nobles sentimientos del hogar se esfumaban ante las sonrisas maliciosas de los falsos compañeros ; las saludables impresiones de la piedad cristiana y del rubor se disipaban en el juego, en los espectáculos licenciosos, más tarde en los kioscos y en los cines.

Muchos observaban este fenómeno triste, muchos ansiaron el remedio, pero la mayor parte se contentaron con exclamar : No hay

arreglo posible, es preciso seguir la corriente. Y no faltó quien lo mirara con satisfacción, porque es—decía—el triunfo de la libertad sobre atávicas preocupaciones. Entretanto fueron creciendo generaciones de mutilados física, intelectual y moralmente, capaces de sacrificarlo todo a sus rastreras ambiciones, incluso la Patria, incapaces de realizar obra alguna de provecho en ningún sentido.

Veamos si nuestra actuación como maestros, como educadores, tiene la eficacia total y la amplitud de horizontes que requiere, o si es, tal vez, pobre, mezquina, incompleta e insuficiente.

Nuestro gran filósofo Balmes enuncia el ideal de la verdadera educación con estas concisas y expresivas frases : «El entendimiento sometido a la verdad ; la voluntad sometida a la moral ; las pasiones sometidas al entendimiento, y todo iluminado, dirigido, elevado por la **Religión.**»

Trastornando caprichosamente esta jerarquía de valores, sobre una cultura cristiana en decadencia, se ha levantado una civilización atea que lleva a la ruina a pueblos y naciones.

Es preciso *dar marcha atrás*, remozar nuestra cultura cristiana y acoplar a ella la civilización contemporánea. Esto sólo se conseguirá mediante una educación nueva, total y armónica del hombre, conforme al criterio que siguió don Bosco.



Se dió la orden al cochero; diez minutos después estaban en ella. Don Bosco bajó de la carroza. El Cardenal quedó en observación tras la portezuela del coche.

Un grupo de pilletes se hallaba en la plaza entregados con ardor a sus juegos. Don Bosco se acerca; ellos huyen.

—¡Esto sí que es un éxito!—piensa para sí su Eminencia.

Don Bosco no se da por vencido. Con un ademán lleno de bondad y con afectuosas palabras, llama a los esquivos muchachos. Algunos se detienen a escuchar, titubean unos momentos y se acercan lentamente. Don Bosco les hace un pequeño regalo, se interesa por ellos, por sus familias, por sus estudios y sus juegos. Los más huraños se dan también por vencidos y se acercan a su vez.

Don Bosco los acoge a todos con bondad, organiza con ellos una partida de juego, les dirige una frase de cariño, les ofrece una medalla y, con dulzura, les pregunta si alguna vez rezan y se confiesan.

Al retirarse, todos intentan detenerle; pero él no quiere hacer aguardar más al Cardenal. Por otra parte, la prueba es ya suficiente.

Los niños acompañaron al humilde sacerdote hasta el coche y cuando éste partió, lo hizo entre dos filas de pequeños romanos que aplaudían a don Bosco con entusiasmo.

Así educaba don Bosco. No es, pues, de extrañar que con venciera a todos, grandes y pequeños, sabios e ignorantes.

Sus éxitos como educador han sido sorprendentes.

El Oratorio de San Francisco de Sales, al decir de don Bosco, albergó docenas de niños y de jóvenes que emulaban en virtud a San Luis Gonzaga. Algunos de ellos, como Domingo Savio, murieron en olor de santidad y esperamos verlos algún día elevados al honor de los altares.

«Este modo de obrar—dijo un día el Santo al ministro Ratazzi, refiriéndose a su sistema educativo—consigue éxitos consoladores sobre el noventa por ciento de los jóvenes. Sobre los diez restantes, que parecen reacios a él, ejerce, sin embargo, una influencia beneficiosa y los hace menos peligrosos, de tal suerte, que rarísima vez me acontece tener que desechar a un joven por incorregible. ¡Lástima que el Gobierno no quiera emplear estos medios!»

Una prueba contundente de la eficacia educativa de su sistema la tenemos en el suceso de la Generala de Turín, que narra por menor el celebrado biógrafo del Santo, Hugo Wast, de la siguiente manera :

"En la época en que sus talleres y escuelas dejábanle tiempo para realizar un intenso apostolado en las cárceles, llegó a conquistar de tal modo el corazón de los jóvenes detenidos en la Generala, que todos, con una sola excepción, cumplieron con Pascua. Era el año 1855.

El Director de las cárceles es buen amigo de don Bosco. No es capaz de negarle nada, y un día recibe el más extravagante pedido que se haya hecho a un funcionario de su laya.

—Vengo a hacerle una propuesta, señor Director.

—Todo lo que yo pueda hacer en su obsequio, señor abate, délo por hecho.

—Quiero premiar a estos jóvenes que han cumplido con la Iglesia y se portan bien. Los conduciré a un paseo hasta Stupinigi; saldremos por la mañana, regresaremos a la noche. Les será provechoso para el alma y para el cuerpo.

El Director ha dado un salto en la silla.

—¿Qué está diciendo, don Bosco? Usted no habla en serio.

—Con la mayor seriedad del mundo.

—¡Pero, señor Abate, yo soy responsable de toda fuga!

—No se fugará ninguno. Démelos contados y contados se los daré, sin que falte uno sólo.

—¡Imposible!

—¿Acaso lo prohíbe el Reglamento?

—El Reglamento no dice una palabra de esto, porque no han pensado los que lo hicieron que a don Bosco se le ocurriría semejante cosa.

—Pues si el Reglamento no lo prohíbe...

—¡Imposible, cien veces imposible, y siento decírselo!

—¿Y si el Ministro diera autorización?

—¡Vaya una ocurrencia! Si el Ministro lo autoriza, yo me lavo las manos.

Corre don Bosco a ver al Ministro del Interior, que es Ratazzi, no diremos su amigo, pero sí un hombre que le atiende con interés, porque siendo el promotor de la persecución contra las Ordenes Religiosas, no quiere aparecer como un sistemático devorador de frailes.

Hácele gracia la original proposición. Piensa que, enviando detrás de las filas un piquete de guardias, no habrá escapatorias, y si las hubiera, no sería difícil atrapar a los que las intentaran.

—Excelencia—responde don Bosco—, yo le agradezco su voluntad, pero renuncio a mi proyecto si han de escoltarme los guardias.

Ratazzi lo mira estupefacto.

—En estas condiciones, señor Abate, no devolverá usted uno sólo de esos pilletes a la prisión.

—Le afirmo, señor Ministro, que no faltará uno sólo.

—Después de todo, si alguno se escapa, lo más que tardaría en volver a caer en manos de los guardias serían dos o tres días.

—Usted y yo, señor Abate, vamos a hacer una locura; usted se juega la libertad y yo el ministerio. Dé usted el paseo. Quiero ver lo que resulta.

Paso por alto la escena de desbordante alegría que en la cárcel se produjo al comunicar don Bosco a los detenidos tan inesperada nueva.

Al alba del día siguiente, partieron. Llevaban un asno cargado de provisiones para almorzar. Mas pensaron que don Bosco estuviese fatigado del camino, descargaron los sacos, que se echaron por turnos a las espaldas, y obligaron a su capellán a montar en el burro.

En la iglesia de Stupinigi, don Bosco celebró su misa. Las gentes del pueblo veían pasar aquel original batallón de 300 prisioneros en libertad, sin más vigilancia que un pobre sacerdote, y a la hora del almuerzo enviáronle regalos de vino y pan excelente, y otros manjares que introdujeron novedad en el severo régimen de la prisión.

Pues bien; al atardecer, todos, sin que faltara uno, volvieron a la Generala de Turín.

Más que alegre, Ratazzi quedó atónito:

—De buena nos hemos librado, señor don Bosco. Pero querría saber su secreto. ¿Cómo hace usted para dominar a esos foragidos?

—Excelencia, nosotros los sacerdotes poseemos una fuerza que el Estado no puede alcanzar. Nuestra fuerza es moral. El Estado manda y castiga. Nosotros hablamos al corazón del joven, y nuestra palabra no es humana, es sobrenatural, porque es la palabra de Dios.

Bien convencidos debieron de quedar los ministros italianos de la eficacia del sistema educativo de don Bosco cuando el año 1878, el célebre Crispi tuvo la idea de confiar a don Bosco la Casa Correccional de Turín.

El Santo aceptó con cuatro condiciones: Libertad completa en materia religiosa, eliminación de los guardias, subsidio cotidiano de 86 céntimos por cada uno y unidad de dirección. Todo estaba listo, y sólo faltaba la firma del Ministro. Crispi rehusó firmar, aduciendo esta razón: "Conozco a don Bosco y es capaz de hacer sacerdotes a todos estos detenidos. Sacerdotes ya tenemos bastantes." (1)

La eficacia del sistema preventivo de don Bosco no terminó con la muerte del fundador. Se ha ido extendiendo por todas las naciones y se ha adaptado a todos los pueblos, lo mismo a las juventudes masculinas que a las femeninas. El incremento que ha tomado la Congregación Salesiana y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, lo proclama bien alto.

(1) HUGO WAST: *Don Bosco y su tiempo*. El hecho viene referido casi con las mismas palabras en el tomo V de las "Memorias Biográficas" del Santo.

PRUEBA RECIENTE

He aquí otra prueba de las que, por suerte, se ofrecen pocas veces.

“Era el 21 de julio de 1936. En las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria (Barcelona). Quedaban en ellas todavía 300 alumnos con sus maestros y superiores; las bandas rojas habían ya saqueado todos los colegios de la ciudad e incendiado los templos. Nosotros, por milagro de Dios, nos íbamos sosteniendo, a pesar de que la destrucción y la muerte se cernían sobre nuestras cabezas.

A las cuatro y media de la tarde violaron también nuestro sagrado recinto, santificado por dos veces con la presencia de San Juan Bosco.

Pronto se dió el orden de salir a todos los Salesianos y de que los alumnos todos se juntaran en los patios del Colegio. Perplejos quedaron éstos y mudos de espanto al ver que sus superiores y maestros eran inicuaamente maltratados y arrojados de aquella casa, testigo de tantos sacrificios y heroísmos, para caer en manos de los revolucionarios de la calle, que los esperaban sedientos de su sangre.

Viendo que no quedaba otro remedio—dice el narrador de este suceso—, yo también me dispuse a partir. Atravesé el patio, donde encontré por primera vez a los alumnos, solos, como corderitos sin pastor y en las fauces de lobos rapaces.

Estaban ya enterados de todo y comenzaban a sentir las tristezas de la soledad y del abandono en aquellas circunstancias difíciles.

Al verme, me rodearon; unos para contarme algo de lo que habían visto, otros para interrogarme. ¡Qué confidencias aquéllas y qué preguntas! Estaban emocionados; las lágrimas se asomaban a sus ojos y rodaban por su mejillas. Yo procuré serenarles, calmarles, infundirles confianza; más de uno de aquellos pequeñitos, un tanto más impresionados por la realidad que por las esperanzas que trataba de infundirles, con palabras entrecortadas por los sollozos me hizo esta enigmática pregunta:

—¿Qué será de nosotros si usted nos deja solos?

Quedé unos momentos pensativo... Aquellos suspiros, aquellos ojos clamando piedad, aquellas manos que me asían fuertemente, aquel grito hondo, aunque ahogado por el misterioso ambiente del terror reinante: “¡No nos deje, quédese con nosotros!”, que salía de todos los pechos y de todos los labios, me movió a prometerles lo que sólo con una gracia especial del Señor podía cumplir:

—Me quedo con vosotros.

Fiados en mi palabra, quedaron tranquilos y me dejaron libre para realizar las diligencias del caso.

Una hora después me encontraba ya de nuevo en medio de ellos.

Para amenizar un poco la tragedia, había que hacerse comediante. Mi papel era bastante modesto: maestro sin sueldo a servicio de los niños. ¡Ay de mí si algún rojo indiscreto llegaba a ver algo más! Sin embargo, seguía

siendo algo más en medio de aquellos muchachos. Seguía siendo el maestro, el Salesiano, el sacerdote y el superior de antes, sin temor al soborno ni a la traición, a pesar de los fuertes excitantes exteriores. Así me lo decía el corazón, así me lo aseguraba la fe en los éxitos rotundos del sistema de don Bosco.

Aquellos 300 jóvenes, entre los diez y los dieciocho años de edad, demostraron entonces con toda evidencia que sus educadores, los Salesianos, siguiendo las directivas de su santo Fundador, habían llegado hasta el fondo de su alma y habían realizado una labor educativa sólida y trascendente.

No se necesitaban órdenes; bastaba una señal, una indicación, una palabra dicha por lo bajo, y al punto aquella masa juvenil se adaptaba a mis deseos.

A los mismos rojos llamó poderosamente la atención este fenómeno, y lo calificaron con el mote despectivo de *superstición religiosa*. No se hallaban en condiciones de entender las cosas grandes y las verdades profundas.

Con edificante comportamiento fueron pasando los días sin que me ocasionaran el menor disgusto; los consuelos y las atenciones llovían por todas partes, junto con los ofrecimientos de los que iban saliendo de proporcionarme mayor paz y mejor seguridad en el seno de sus familias.

Hacían todos sus prácticas de piedad, aunque con disimulo, pues se lo habían prohibido. Cumplían hasta con los más insignificantes detalles el Reglamento del Colegio. Constantemente se preocupaban de la suerte de cada uno de sus maestros, y los dos o tres primeros días casi no comieron por la honda pena que les había causado separación tan dolorosa.

Poco a poco, los colegiales pudieron irse reintegrando al seno de sus familias. Y el tener yo también que huir—por haber sido descubierta mi personalidad—con un grupito de los últimos que no disponían de medios para llegar hasta sus familias, en medio de aquel humo, de aquellas hogueras y de aquellos escombros del Colegio; pudimos comprobar que quedaba en pie un monumento digno de todo respeto y de toda consideración: la eficacia, el éxito rotundo del sistema educativo de don Bosco."

ALTOS ELOGIOS

La bondad y eficacia del método de don Bosco han sido reconocidos y ensalzados por altas autoridades y por inteligencias privilegiadas.

Véanse algunas muestras, comenzando por España :

El año 1913 se celebraba en Valladolid un Congreso Catequístico en el cual intervino felicísimamente el P. Manjón, fundador de las Escuelas de Ave María, con sus muchachos granadinos. Al darle la enhorabuena unos Padres Salesianos que habían asistido al Congreso, les dijo estas palabras:

—No me feliciten ustedes. Mis éxitos educativos los debo íntegramente a don Bosco. En él *me* he inspirado siempre.

Don Manuel Siurot escribe: "Jamás he encontrado en la historia de las enseñanzas escolares ningún educador de niños como San Juan Bosco; o por lo menos diré que es el que más se ajusta a mi concepto de la niñez y de la enseñanza."

El llorado Cardenal Gomá, Primado de España, escribía también en 1939: "San Juan Bosco es el pedagogo tipo... La canonización de don Bosco es la solemne canonización de su pedagogía. Desde los altares seguirá siendo pedagogo autorizadísimo, que adoctrinará a las generaciones con su ejemplo y con su doctrina."

Y el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, en un discurso pronunciado en Madrid el 7 de enero del año 1943 en el Teatro Español, con ocasión de la clausura del Año centenario de las Obras Salesianas, dijo estas palabras, altamente significativas: "Para el maestro español el sacerdote de Turín es la norma ejemplar. Que los maestros con vocación guarden bien estas palabras: Nada vale la pedagogía ni los métodos pedagógicos donde el maestro que enseña no es como lo era San Juan Bosco: un iluminado del Señor."

Pasemos al extranjero.

El doctor Funke, Director de las Escuelas Normales Gubernativas de Warendorf (Westfalia), escribe: "Don Bosco ha divinizado la pedagogía estudiando la conciencia de sus alumnos, dándoles el elemento religioso como guía y acoplado a la enseñanza la caridad cristiana. Por sus dotes maravillosas en la dirección de la juventud, por su perseverancia, por sus increíbles resultados prácticos, se ha hecho inmortal, y no sin razón es llamado *el milagro pedagógico mundial*."

El Cardenal Faulhaber, Arzobispo de Munich de Babiera: "Alguno —dice— se ha atrevido a vociferar públicamente que la Iglesia, después de las catedrales de la Edad Media, no ha realizado nada grande: Quien tal dice no ha leído ciertamente las encíclicas de León XIII, ni ha ojeado el nuevo Código de Derecho Canónico; que ni sabe tampoco que las casas de don Bosco vierten todos los años en la vida social millares de jóvenes sustraídos al delito y debidamente instruidos y educados. Esta maravilla de la Caridad, ¿no es acaso una basílica que lanza robusta hacia el cielo sus agujas?"

El doctor Parmeggiani, que fué Ministro de Educación de Italia, decía ante un selecto público el 6 de agosto de 1929: "La Institución Salesiana, en la majestuosa multiplicidad de sus manifestaciones educacionales, es acaso el ensayo vivo y el éxito experimental más comprensivo, extenso y armonioso de la pedagogía cristiana, aplicado por el genio de la institución pedagógica de los siglos cristianos: San Juan Bosco."

Los maestros del Piamonte, escenario principal de las conquistas pedagógicas de don Bosco, no contentos con inspirarse en su método educativo, quisieron elevar a la categoría del patrono modelo. A este fin se organizó la llamada "Unión de Maestros don Bosco". Asociación de Maestros Católicos, que desde el 1923 promovieron reuniones, congresos, asambleas, cursos de conferencias, homenajes solemnes en los que se estudiaron a fondo las ideas de la pedagogía salesiana.

En Glasgow, dos mil maestros escoceses, presididos por el Arzobispo, se reunieron para formar la "Unión de Maestros Católicos" y la colocaron bajo el patrocinio de San Juan Bosco.

El año 1936, el Episcopado mejicano acepta orgulloso la designación que el Papa Pío XI le hiciera de San Juan Bosco para Patrono de los niños de la nación mártir.

El doctor Innitzer, Cardenal Arzobispo de Viena, el 31 de enero del año 1936, en presencia de las más altas autoridades de la nación y de una imponente muchedumbre de fieles y juventudes de Acción Católica, proclama también a San Juan Bosco Patrono de la juventud austríaca.

Y el mismo Papa Pío XI, que elevara al eximio maestro al honor de los altares el 1 de abril de 1934, consagró también su pedagogía con la luminosa encíclica sobre la educación de la juventud, *Divini illius Magistri*.



III.—FUENTES DEL SISTEMA EDUCATIVO DE DON BOSCO

«MAMA MARGARITA»

El corazón de una madre es, con frecuencia, relicario preciso de las grandes ideas y de los grandes sentimientos. La divina pedagogía de Nazaret, arrojada de las escuelas, había encontrado su refugio inexpugnable en el corazón de las madres cristianas.

Allí, en el corazón de su madre, bebió don Bosco a grandes sorbos los primeros efluvios geniales de su sistema educativo.

«Mamá Margarita» fué su primera maestra.

Ella le hizo comprender ya, a la temprana edad de los dos años, los tremendos dolores de la orfandad con aquellas palabras tan lacónicas como significativas : «¡ Juan, ya no tienes padre !»

Ella infundió en su alma candorosa el pensamiento constante de la presencia de Dios : siempre bueno, paternal y providente, que no busca sino nuestro bien y nuestra felicidad, y que sólo aborrece el pecado que nos aparta de El y le obliga a castigarnos.

Ella le enseñó la virtud, más con su vida ejemplar que con la imposición de su autoridad. Fue infiltrando en su corazón aquella calma, aquella serenidad, aquel dominio de sí mismo, aquella dulzura que dista por igual de la severidad austera y del halago empalagoso.

«No prodigaba las caricias—dice uno de sus biógrafos, D. Auf-fray—, ni prorrumplía en gritos desaforados. No golpeaba a sus hijos, pero tampoco cedía ; amenazaba, pero se entregaba al primer signo de arrepentimiento ; cerraba los ojos ante esas menudencias, las únicas que tienen en cuenta los padres modernos, pero los tenía bien abiertos para descubrir y remediar a tiempo las malas inclinaciones ; sonreía

ante las manifestaciones de bulliciosa alegría, sin tolerar los caprichos. Sobre todo, para hacerse obedecer de sus hijos, les inspiraba gran ternura hacia ella y un amoroso temor de desagradarla...

Ella, en fin, fue acompañando siempre a don Bosco con sus solícitos cuidados, con sus ejemplos y con sus consejos. Ya sacerdote, le siguió a Turín y fué también la madre de los primeros niños del Oratorio...

Aun después de su muerte, cuando don Bosco se vea rodeado de tantos jovencitos, evocará las escenas de su infancia, el recuerdo de su madre, aquella dulce firmeza, aquella sonriente autoridad, aquel suave ambiente de familia cristiana bien ordenada y bien dirigida y tratará de imitarla.

Esta humilde mujer sin ilustración, y sin ella saberlo, fué quien más influyó en la formación de su pensamiento pedagógico.»

Su VOCACIÓN

Dios deposita en el corazón de cada hombre que viene a este mundo, una inclinación y una tendencia que viene a ser como una promesa de su predestinación. También don Bosco tuvo la suya tan importante y sublime, que Dios quiso manifestársela de un modo prodigioso.

Ved de qué manera nos la refiere él mismo :

"A la edad de nueve años tuve un sueño que me quedó impreso en la mente durante toda la vida.

Me pareció estar en una gran llanura, donde multitud de niños se entregaban a su juegos; quienes reían, quienes jugaban y no pocos blasfemaban. Yo, al oír aquellas blasfemias, no pude contenerme y me lancé en medio de tales desvergonzados, emprendiéndola a puñetazos y a puntapiés; pretendía así hacerles callar.

En aquel preciso momento se me apareció un Personaje venerable, de porte majestuoso, vestido con gran nobleza. Un manto lo cubría por completo y su rostro resplandecía tan vivamente que yo no podía fijar la vista sobre él. Me llamó por mi nombre y me mandó que me pusiera a la cabeza de aquellos chicuelos, añadiéndome esta advertencia:

—No a bofetadas y golpes, sino con mucha caridad y modales de gran daltura deberás ganarte el cariño de estos tus amigos. Mézclate con ellos, hábales suave y pacientemente sobre la fealdad del vicio y la hermosura de la virtud.

Yo me llené de tanta confusión al oír estas palabras, que a duras penas logré contestar al Personaje diciéndole que yo era un niño ignorante y sin instrucción alguna.

—¿Quién sois vos que me mandáis tales cosas?—añadió—. ¿No advertís que son para mí imposibles?

—Precisamente porque te parece un imposible debes prepararte a ello con el estudio y la obediencia.

—¿Y cómo podré yo estudiar, si me faltan medios para ello?

—Yo te daré una Maestra bajo cuya dirección podrás llegar a hacer mucho; Ella es el asiento de la Sabiduría.

—Pero, ¿quién sois que así me habláis?—insistí.

—Yo soy—me contestó—el Hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

—Mi madre me tiene prohibido juntarme con quien no conozca sin su permiso; decídmelo, por tanto, vuestro nombre.

—Pregúntaselo a mi Madre.

Durante todo este diálogo, los niños aquellos que poco antes se golpeaban y blasfemaban, se nos fueron acercando para escuchar atentos nuestra conversación. A este punto vi al lado del Personaje a una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto fulgentísimo, como sembrado de lucientes estrellas. Este nuevo espectáculo me llenó de confusión; pero animándome El con muy buenos modos, me indicó que me acercara a aquella Señora. Hícelo, y tomándome entonces Ella por la mano con gran cariño, me dijo:

—Mira, mira.

Y vi, en el lugar que hasta hacía un instante ocupaban los niños, una turba de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales;

—Este es tu campo, Juan—dijo la Señora—. Trabaja por adquirir la humildad, hazte fuerte y animoso. Y cuanto veas ahora que pasa entre estos animales que nos rodean, has de hacerlo tú entre mis hijos.

¡Oh espectáculo singular! Vi entonces que todos aquellos animaluchos salvajes se trocaron en mansos corderitos que comenzaron a balar suavemente, como para festejar al venerable Personaje y a la majestuosa Señora. Tan hondamente me impresionó esto último, que me puse a llorar fuertemente, pidiendo a la Señora me explicase el significado de la extraña visión. Púsome entonces Ella bondadosamente una mano sobre la cabeza y me dijo:

—Todo lo comprenderás a su debido tiempo..." (1)

No me entretendré en la explicación de este sueño, porque hay quien lo hizo magistralmente.

Sólo invito a los inteligentes a reflexionar un poco sobre él.

(1) Fernando Maccono, S. S. «Vocación Pedagógica de San Juan Bosco», traducido por F. Villanueva, S. S.

LA SANTÍSIMA VIRGEN

Y lo primero que se advierte en la lectura del sueño es cómo el Señor le da a don Bosco una Maestra bajo cuya dirección podrá llegar a hacer mucho, y que esta Maestra es, precisamente, su Madre, la Virgen Santísima, cuya excelsa figura preside e ilumina la vida y las obras del Santo Fundador.

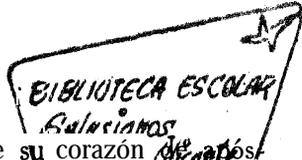
Efectivamente ; María fué plasmando en el corazón de Juanito la imagen viva de Jesús, su candor y dulzura, sus formas delicadas y atrayentes, su bondad, su paciencia, su amor a los niños y a las almas, su vida entera y hasta la forma y eficacia de sus métodos de enseñanza.

Siempre estuvo a su lado para orientarle. Siempre fue su Madre en los peligros. Siempre su guía, su protección y su auxilio.

Los biógrafos del Santo nos han dejado a este respecto una página que se lee siempre con agrado. .

"Cuando el 25 de noviembre de 1856 pasó a mejor vida su incomparable madre Margarita, después de dar rienda suelta al llanto y de celebrar la Santa Misa por el eterno descanso de su alma, se postró a los pies de Nuestra Señora de la Consolación y, con voz entrecortada por la emoción, le dijo estas palabras, llenas de confianza y de ternura: "Es preciso que llenéis, ¡ oh Virgen Santa!, este lugar vacío. Una madre en mí familia es indispensable. ¿Quién lo será sino Vos? Os confío a todos mis hijos. ¡ Vedad sobre sus almas ahora y siempre!"

Jamás acto alguno de abandono fue tan plenamente aceptado por el Cielo. Desde entonces, tras del hombre de Dios que obra, se deja sentir una mano cariñosa, un pensamiento, una inspiración en todos los momentos azarosos, en todas las circunstancias difíciles ; es la Virgen Santísima toda bondad, Pastora vigilante y fuerte que se encarga de la custodia de aquel rebañito. Y más tarde, cuando el Santo ya decline hacia el ocaso de su vida y hacia el nuevo día de su gloria, al retirarse a descansar pasada la media noche, atravesará la antesala de su despacho, empujará la puerta que da acceso al balcón, contemplará la imagen de María Auxiliadora que corona, bajo un cielo estrellado, la cúpula del Santuario de Turín, y, recordando a la Señora de sus sueños infantiles, recordando el consejo de su madre : «Si algún día llegas a ser sacerdote, propaga sin cesar la devoción a la Santísima Virgen», recordando aquellos portentos de solicitud maternal que se han ido sucediendo uno tras otro ante sus ojos en el transcurso de su vida,



elevará hacia la Virgen el último suspiro de su corazón. ~~Montes~~ tol y arrasados en lágrimas sus ojos, exclamará con emoción: «Todo lo que ha hecho el pobre don Bosco se debe a María Auxiliadora.»

DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MI

¡ Cuántas veces las líneas del Evangelio que vamos a transcribir fueron para don Bosco norte, guía y consuelo en sus tareas de educador !

"Como le presentasen unos niños para que les impusiese las manos y los bendijese, los discípulos reñían a quienes venían a presentárselos. Lo cual, visto por Jesús, lo llevó muy a mal y les dijo: Dejad que vengan a mí los niños y no los estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de Dios. Y estrechándolos entre sus brazos y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía." (*Mc. X, 13-14 y 16.*)

"Cualquiera que acogiera a uno de estos niños por amor mío, a mí me acoge; y cualquiera que me acoge, no tanto me acoge a mí, como al que a mí me ha enviado." (*Mc. XIX, 36.*)

"Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñuelos, porque os hago saber que sus Angeles de la guarda en el Cielo están viendo siempre la cara de mi Padre Celestial." (*Mt. XVIII, 10.*)

"Así que no es la voluntad de vuestro Padre que está en los Cielos, el que perezca uno sólo de estos pequeñitos." (*Mt. XVIII, 14.*)

"Si alguien escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mucho mejor le fuera que le ataran al cuello una de esas ruedas de molino que mueve un asno, y le echaran al mar." (*Mc. IX, 41.*)

"¡ Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!" (*Mt. V, 4*)

"¡ Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia!" (*Mt. V, 7.*)

La imagen viva del Maestro se le había grabado profundamente en el alma y procuraba reproducir su vida, la grandeza de sus obras con la sencillez de sus gestos, la dulzura de su voz, el candor de su mirada, la claridad y atractivo de sus enseñanzas en medio de los niños, porción la más escogida de su divino Corazón.

Así se lo había enseñado El con aquellas palabras del primer sueño, que pueden ser norma elocuente para todo buen educador cristiano: «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, por tanto, inmediatamente a hacerlos una plática sobre la fealdad del vicio y sobre la hermosura de la virtud.»

SAN FRANCISCO DE SALES

Don Bosco, para mejor cumplir este mandato, escogió como santo protector a San Francisco de Sales, cuya vida y escritos influyeron grandemente en su formación y en su manera de obrar. A este respecto, dice don Auffray: «Si hay un espíritu capacitado para comprender, captar, envolver, suavizar, hacer florecer y luego fructificar la edad terrible que va de los doce años a los dieciocho, es, seguramente, el que toma el nombre y se inspira en los principios del gran Obispo de Ginebra : el espíritu salesiano. Formado en esta escuela, penetrado de las máximas de este maestro, don Bosco formó un cuerpo de doctrina pedagógica de gran valor. Hizo más : la acrecentó, la enriqueció con su propia experiencia y con sus reflexiones del hombre del siglo XIX y de esta estrecha colaboración entre el pensamiento del Obispo de Ginebra y el de su discípulo moderno, surgió un arte educativo que se impone.»

EL NIÑO

Fué otro libro constantemente abierto al talento pedagógico de don Bosco.

No el niño de Rousseau, ni el de las famosas ((Petites Ecoles)), donde la pedagogía jansenista intentó sus primeros ensayos, ni siquiera el que anda por tantos libros con evidentes contradicciones, sino el niño que pulula por las calles, abandonado con frecuencia a su propia debilidad e ignorancia, cuando no cae en los lazos que arteramente le tienden otros de su misma ralea, pero más avezados al mal.

El niño del pueblo que va poco a poco transformándose con los apremios de la exquisita candad del Santo y bajo el influjo de la gracia divina.

El niño, sonrisa perenne de la creación y flor la más preciada de los jardines de la humanidad, esperanza, a un tiempo, de la Religión y de la Patria. El niño, relicario de la gracia, semilla de Dios en los lodazales del mundo, que se abre a veces como la por-

tezuela del Sagrario y se cierra otras como la losa de una tumba ; el niño, que no es sólo un hijo del hombre, sino también un hijo de Dios.

«Diré francamente—escribe Mons. Dupanloup—que también en esta edad se encuentran en algunas ocasiones unidos a las más felices inclinaciones, pésimos instintos : la obstinación, la cólera, la envidia, la mentira y la ingratitud. Principalmente, el egoísmo se manifiesta apasionado, caprichoso, ardiente... Es, además, la edad curiosa, móvil, inquieta, ávida de juegos, enemiga de organización ; con ardor muy peligroso abre los ojos a la vida para sorber todos sus encantos ; esta es la edad que gira sus ardientes miradas sobre la riente escena del mundo para admirar falaces bellezas ; el corazón se abre por primera vez, se abre a cuanto le rodea, excita ardientemente el cebo de los deseos y se afana por gustar las vanas alegrías, que tal vez irán pronto a herir su inocencia.

Don Bosco morará junto al adolescente, se desvivirá por salvarle de la corrupción y del vicio, le comprenderá y será comprendido. Se entregará y será admitido. Amará y será amado. El amor engendrará la confianza, y con esas bases, las relaciones mutuas serán eficientes, serán formativas. En la pupila y en el corazón del niño podrá leer, sin equivocarse, qué métodos, procedimientos y formas ha de ir adoptando y cuáles ha de rechazar.

Para componer el Reglamento de sus colegios, consultó, es cierto, muchos reglamentos de florecientes instituciones ; visitó muchos establecimientos semejantes a los suyos ; muy probablemente, leyó en San Francisco de Sales, en Fenelón, y quizá en Dupanloup, las páginas en que esos grandes educadores exponen la esencia de sus doctrinas ; pero antes de llegar al punto de madurez, supo sacar gran partido de sus tanteos y experiencias.

Aconsejaba a sus discípulos que tuvieran un cuaderno de observaciones pedagógicas donde anotaran no sólo sus éxitos, sus ventajas y buenos resultados, sino también los ensayos infructuosos, los yerros y aun sus faltas. El había sido el primero en practicarlo.

De todo lo expuesto se desprende que don Bosco ha mantenido conscientemente las ideas y las doctrinas cristianas respecto a la educación, presentándonoslas, en cambio, con una luz nueva y con un espíritu renovado.

Ha sabido escoger y organizar nuevos medios de educación sirviéndose de su exquisito tacto pedagógico, de sus estudios y de su espíritu de observación al servicio siempre de una fe viva, de una candad ardiente, acompañadas con frecuencia de extraordinarios carismas divinos.

Y todo esto lo ha sabido llevar a las prácticas de una manera genial y propia, que él llama comúnmente *Sistema Preventivo*.



IV.—EL SISTEMA PREVENTIVO

NECESIDAD DE CONOCERLO A FONDO

Se llama sistema en el arte la elección y coordinación de los medios para obtener un fin. En pedagogía se han probado las coordinaciones más variadas de los medios educativos.

Don Bosco nos presenta su organización doctrinal y práctica de la acción educativa en el *Sistema Preventivo*.

Conocer el sistema de don Bosco será, pues, conocer bien las relaciones y acoplamiento entre estos medios, según la mente del Santo, para cultivar en el niño todos aquellos gérmenes de perfección natural y sobrenatural que la providente mano del Creador ha depositado en el fondo de su alma candorosa para el logro feliz de su destino temporal y eterno.

Resulta muy difícil abordar de frente esta cuestión, ya que la eficacia educativa del Sistema Preventivo no se limita a las horas de estudio o de escuela, sino que abarca todas las horas del día y toda la vida del alumno con sus múltiples actividades y exigencias, incluso las que son horas de esparcimiento y de recreo, que suelen ser las de mayor peligro y aquellas en que mejor se descubre la fisonomía moral del educando.

Quien se limitase a tener algunas ideas generales sobre el sistema de don Bosco, o lo considerase únicamente bajo algunos de sus aspectos, por genuinos y atrayentes que fuesen, prescindiendo de los demás, se equivocaría grandemente y no obtendría en la práctica los resultados apetecidos.

Es preciso conocerlo íntegramente a través de la vida del santo Pedagogo, y adoptarlo sin reservas con todas sus consecuencias.

No queremos cargar con la responsabilidad de una orientación pedagógica que se apoye tan sólo en algunos de los principios que

vamos exponiendo, ya que el Sistema Preventivo de don Bosco no puede mutilarse impunemente, ni tampoco asegurar el éxito educativo a aquellos que, caprichosamente postergaren elementos esenciales, dando preeminencia a otros de menor cuantía : don Bosco es, por excelencia, el pedagogo de la integridad y de la armonía perfectas.

REPRIMIR Y PREVENIR

Antagónicas podrán parecer la autoridad del padre o del maestro con la libertad del hijo o del alumno, y el hermanarlas resulta, para muchos, un enigma.

Excesivamente celosos de la autoridad, ha habido quienes han querido salvaguardarla con el temor y el castigo ; he ahí el origen del sistema represivo.

Otros han querido imponer el respeto indispensable a la autoridad granjeándose el aprecio y la confianza del alumno.

Ved ahí dividido el campo pedagógico en dos bandos. Los unos se presentan como jueces justicieros, los otros como padres bondadosos.

Don Auffray, en la acreditada obra «La Pedagogía de un Santo», comenta magistralmente las ideas de don Bosco a este respecto diciendo :

«Hay dos modos de educar a la juventud. Uno muy conocido, siempre muy difundido, de una fuerza terriblemente dura. Consiste en asegurar el orden castigando el delito apenas cometido, según una tarifa de castigos previamente establecida : —No te muevas ; no turbes la disciplina exterior—parece decir el educador en este sistema—, pues, de lo contrario, he ahí lo que te espera. Don Bosco hace notar, no sin cierta ironía, que estos procedimientos florecen y aun se imponen en los cuarteles y con personas cuya edad hace suponer que están en pleno uso de sus facultades.

Muy distinto es el segundo sistema. Ya no tiene su origen en la preocupación de conseguir, por la fuerza y por el temor del castigo, un orden propicio para la tranquilidad del educador, para la dignidad de la disciplina y de la obra educadora, sino en la idea de que hay que evitar a toda costa ofender a Dios. —¿Para qué

¿sirve el castigo después de cometido un desorden?—decía melancólicamente don Bosco—: ¡ Dios ya ha sido ofendido !— No ; todo el arte y toda la preocupación del educador deben tender a impedirle al niño realizar el mal mediante una vigilancia de todos los minutos. Debe colocarle en la imposibilidad material de pecar, rodeándole siempre con la mirada y atenta asistencia. El educador tiene que estar siempre en medio de sus pequeños. ¿A título de qué? ¿De superior? ¿De celador? No, sino de padre que jamás deja a sus hijos hasta tanto que su libertad no haya sido suficientemente educada.

Este método preventivo, como se le llamó en oposición al otro, al método represivo a base de castigos, se dedica, como vemos, a secar el mal en su fuente, suprimiendo la ocasión o neutralizándola. Copia los mejores principios de la ciencia moderna, que tiene más confianza en la higiene que en la Medicina, y que prefiere prevenir antes de curar.

Nada más opuesto, como puede comprobarse, que estos dos métodos. El primero es a base de temor y de represión, y el segundo, a base de afectuosa vigilancia, de buena y sana familiaridad, de amor. El primero aleja al superior del alumno en un espléndido aislamiento del que sale solamente para reprender con rigor ; le presenta un rostro glacial, ojos cargados de sospechas, una actitud tensa y reservada, susceptible de inspirar terror ; crea esas famosas líneas paralelas por las que caminan maestros y alumnos sin temor de encontrarse jamás ; y, sobre todo, se asienta en un código penal al que distinguen los siguientes caracteres : los castigos previstos son frecuentemente de orden corporal ; aplastan al niño para quitarle el gusto de reincidir ; se aplican automática y brutalmente sin distinción de personas, según tarifas preestablecidas ; requiere una contabilidad llevada en forma matemática, en la que se anotan los delitos y no se borran sino después de su completa cancelación.

Este método produce funestos resultados, que sería demasiado largo y cruel enumerar.

Mientras, por el contrario, el otro método no tiene más punto de vista que éste : establecer entre el educador y el alumno un contacto estrecho, familiar, íntimo, del que brotarán una franca cordialidad y un confiado abandono. Para esto, mezcla por todas partes a niños y a superiores en la capilla, en el recreo, en el pa-

seo, en la sala de estudio ; hace bajar de su pedestal a la autoridad y la coloca, sin comprometerla, al nivel del niño ; rodea al niño de una vigilancia afectuosa en nada fiscalizadora, una vigilancia que abre los ojos, pero que también sabe cerrarlos ; no proscribire ni el ademán afectuoso, ni la palabra cordial, ni el tono de la verdadera paternidad ; rompe sin piedad todas las barreras de un mal entendido respeto que tradiciones jansenistas quisieran levantar entre maestros y alumnos ; en una palabra, se entrega por completo a todos, a fin de ganar la juventud para Cristo. — ¡ Ay de la casa—escribía don Bosco en 1884, cuatro años antes de su muerte—en la que los superiores no sean mirados más que como superiores, y no ya como padres, hermanos, amigos ! ¡ Se les teme, pero no se les ama ! *

La insuficiencia del sistema represivo y sus defectos son tan notorios, que, en teoría, no hay ya ningún pedagogo que lo defienda.

La batalla se nos presenta por el flanco opuesto. Frente al sistema preventivo, tan maravillosamente practicado y defendido por don Bosco, primero, y después por todos los verdaderos educadores católicos, se alzan hoy otros sistemas tan múltiples y atractivos en su forma, cuanto falsos y vacíos en su sustancia. Coinciden, sin embargo, en un punto : en rechazar todo orden y toda influencia sobrenatural.

Estos sistemas de educación, basados sólo en la bondad natural, en la delicadeza de forma, en la utilidad, en el placer, en una libertad halagadora o egoísta ; revestidos, si se quiere, con un poco de espíritu romántico o de raza, van degenerando de día en día hasta caer en el materialismo más grosero, donde se asfixia toda labor educativa.»

TRATADITO PRECIOSO

Don Bosco escribió un precioso tratadito titulado el «Sistema preventivo en la educación de la juventud», cuyo texto íntegro insertamos en el apéndice de este libro. En cinco lecciones o capítulos explica su pensamiento y da las normas prácticas más importantes con relación a la materia que nos ocupa.

Dice en la introducción que viene a ser «como el índice de una obrita que espera publicar más adelante». Esta obra comple-

mentaria, por desgracia, no llegó a ver la luz. De haberla visto, hay motivos sobrados para creer que no hubiera tenido aires de tratado científico, sino que se hubiera mantenido en la sencillez y en el terreno práctico.

No había querido ciertamente enjaularse en la armazón científica de un sistema rígido y estereotipado, por bien trabado que estuviese, a costa de perder la libertad de acción y de movimiento frente a las nuevas iniciativas y a las nuevas exigencias de cada día.

Para él hay sólo tres bases incommovibles : razón, religión y amabilidad. Por lo demás, irá siempre adelante, según le inspire el Señor y lo exijan las circunstancias.

«Nuestro sistema de educación—dice don Rúa—lleva en sí la consigna de modernidad, acepta todo lo que verdaderamente es cristiano y excluye cuanto lo desvía y lo corrompe.»

De aquí la necesidad de una formación seria de los mismos educadores, los cuales habrán de estar dotados de un sano criterio que los guíe a través de las dificultades, sin que se dejen arrastrar por el primer viento que sople.

LA RUEDA MAESTRA

«El Sistema Preventivo—escribe don Bosco—consiste en dar a conocer las prescripciones y Reglamentos de un colegio, y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo vigilante del Director o de los Asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en toda circunstancia, den consejos y corrijan con amabilidad ; que es como decir : consiste en poner a los niños en la imposibilidad de faltar.»

Para don Bosco, prevenir es colocar al niño en un ambiente saludable física y moralmente, en una atmósfera enteramente cristiana dentro y fuera de casa, dentro y fuera de la escuela ; ahogar con la superabundancia del bien los brotes del mal ; despertar y encauzar debidamente su sensibilidad ; vigilar amorosamente sus inclinaciones naturales para corregirle, para orientarle, para sacar de él todo el partido posible y encaminarle sensiblemente al orden sobrenatural.

De lo dicho se desprende que el Director es la rueda maestra, el eje del Sistema Preventivo, y que debe vivir consagrado por entero al bien de sus alumnos.

«Las buenas escuelas—escribe también Pío XI en su encíclica *Divini illius Magistri*—son fruto, no tanto de las buenas ordenaciones, cuanto, principalmente, de los buenos maestros, que, convenientemente preparados e instruidos cada uno en la disciplina que deba enseñar, y adornados de aquellas cualidades intelectuales y morales que su importantísimo oficio reclama, arden en puro y divino amor a los jóvenes a ellos confiados, precisamente porque aman a Jesucristo y a su Iglesia, de quien aquéllos son hijos predilectos.»

VENTAJAS DE ESTE SISTEMA

El sistema de don Bosco es muy fácil, agradable y ventajoso para los alumnos, si bien un tanto incómodo para el educador.

El Santo prometía a los partidarios de su Sistema cuatro resultados seguros : «Sus alumnos quedarán unidos a ellos por todo el transcurso de su existencia, a pesar de los mayores extravíos de la cabeza o del corazón ; ninguno, por malo o vicioso que sea, empeorará en sus manos ; el contagio del vicio, ahogado o neutralizado por su atenta vigilancia, se detendrá en las puertas de la casa ; y, sobre todo, una vez ganado el corazón, los senos profundos del alma se dejarán penetrar y transformar.» (Auffray).

«Por otra parte, las dificultades de este Sistema—escribe don Bosco en el tratadito antes mencionado—serán pronto superadas si el maestro se entrega por entero a su misión y si está dispuesto a soportar cualquier contratiempo o fatiga por el bien de sus alumnos.»

El educador tiene su camino marcado : razón, religión, amabilidad y sacrificio.

Abundaremos en estos tres conceptos fundamentales del Sistema Preventivo en los capítulos siguientes.



V.—LA RAZON

SU IMPORTANCIA

Cuando el 27 de julio de 1936, por imposición de la F. A. L., tuve que salir del Colegio de Sarria (Barcelona), me vi sujeto al control de los milicianos.

El jefe mandó abrir la maleta y examinar uno a uno los objetos que contenía. En el fondo estaban los libros. Los había escogido ya de antemano, de modo que no pudieran comprometerme. Con todo, mi prudencia no estuvo a la altura de las circunstancias, y muchos de ellos fueron a engrosar el montón de los sentenciados a la hoguera. Tocóle el turno al "Criterio", de Balmes, y tomándolo entre sus manos el escrutador implacable, me miró con arrugado ceño y me dijo:

—¿También este libro llevas?

—¿Y qué inconveniente hay en ello?—repliqué yo con cierta desilusión.

—Mucho—respondió con rudeza. Y con olímpico ademán lo arrojó al montón de los execrados.

—Camaradas—dije yo entonces, completamente decepcionado—, no os molestéis más, los que quedan son todos por el estilo.

¡ Pobre «Criterio» de Balmes ! ¡ Sentenciado a la hoguera por un *tribunal humano* !

—¡ Esto pide un desagravio en nombre de la razón y en nombre de España—iba repitiendo yo entre dientes—, puesto que es uno de los libros que mejor debiéramos todos conocer y asimilar !

Sin criterio tampoco se puede educar.

El educador ha de ser razonable en todos sus actos. Si obra irreflexivamente, con precipitación, con ligereza, sin darse cuenta de lo que lleva entre manos, ¿cómo va a pretender felices resultados?

No ha de obrar por capricho, por puntillo ni por pasión, dejándose llevar de sentimentalismos, simpatías, antipatías, resentimientos, odios, venganzas, celos, envidias, egoísmos, etc.

Ha de ser razonable en el modo de corregir.

A un joven que tocaba el piano fuera de hora, le dijo don Bosco:

—Mira; no te corrijo porque tocas, sino porque tocas fuera de hora, en tiempo de estudio. El buen cristiano lo debe hacer todo dentro del orden. Por lo demás, me gusta saber que aínas la música. Los músicos habrán de tener en el Cielo, según mi parecer, un lugar privilegiado. Procura, pues, ser un buen músico en la tierra, pero con la firme voluntad de ser músico también en el Paraíso.

Razonable en el empleo conveniente de los medios preventivos y disciplinares, como son la asistencia, la ocupación continua, las calificaciones, los avisos y los premios y los castigos, de los cuales hablaremos en su lugar.

El día en que el educador llegue a quedar convencido de que el alumno es incorregible, puede dar por fracasada su tarea educativa.

Procurad que no llegue nunca ese día y siempre os quedará algo bueno por hacer. ¡ Se han visto cambios tan sorprendentes a fuerza de años y de paciencia !

Por otra parte, el maestro debe obtener que el alumno obre guiado por la luz de su propio impulso, es decir, de una manera razonable, no por inercia, por costumbre, por rutina, por instinto e inconsciencia, ni tampoco por presión externa.

¡ Cuántas decepciones y fracasos podrían reconocer como causa el olvido de este principio !

Finalmente, deben desenvolverse en un ambiente razonable las relaciones entre el educador y el educando, lo cual supone conformidad de vida, acercamiento mutuo, correspondencia en el pensamiento y en la acción.

Supone mutua comprensión y condescendencia. Cada uno ha de saber sacrificar su punto de vista y entender el de los demás, estando dispuestos a ceder hasta cuando y donde se pueda.

«Es preciso bordear los obstáculos—decía don Bosco—cuando no se pueden acometer de frente.» Tampoco hay que hacer cuestión de pleito en cosas pequeñas.

Sucedió no hace mucho que un joven de como diecisiete años, se encaprichó en no comer porque el asistente del comedor le había cambiado de sitio. Cuando los alumnos salieron al recreo, fué el Director a repartir unos caramelos que le habían regalado. Todos le rodearon alborozados, a excepción del muchacho rebelde, que se mantuvo algo alejado y un

tanto ceñudo. Se acercó a él el Director en medio de la expectación universal, le dió unos caramelos, y, riendo, le dijo al oído estas palabras:

—Si deseas que otra vez te dé caramelos y quieres agradecer al Señor, has de ser humilde y más obediente.

El joven correspondió con otra sonrisa, algo forzada todavía, pero el conflicto quedó resuelto. Había comprendido lo falso de su posición.

UN CASO DIFÍCIL

Al principio de su obra, don Bosco se vio precisado a valerse de personal muy joven y sin la necesaria experiencia, pero que luego él convertía en excelentes educadores.

Aconteció en cierta ocasión que a uno de los improvisados asistentes llegaron algunos de los muchachos más revoltosos a apurarle de tal forma la paciencia, que creyó llegado el caso de defender su autoridad a cachetes. Aquellos jóvenes, soliviantados por tan desacostumbrado espectáculo, esperaban con ansia y nerviosismo las palabras que don Bosco solía dirigi-les antes de enviarlos a descansar.

Después de haber avisado aparte al asistente, don Bosco se presentó muy serio y comenzó diciendo que todos sabían perfectamente cuánto le desagradaba no sólo el saber que un niño hubiera sido abofeteado, sino también el que hubiese sido reprendido con excesiva severidad, y que él prohibía absolutamente semejante modo de proceder. Luego hizo observar cómo ciertas incorrecciones y ciertas burlas habían irritado a uno de los asistentes, y que, aun en el caso de que hubiese faltado, no se le podía exigir una tolerancia que es fruto de virtudes casi heroicas. Por otra parte, las palabras y las acciones de algún alumno debían considerarse como una verdadera insubordinación, que en otras circunstancias no hubiera podido quedar sin castigo. Era, pues, mejor arreglar pacíficamente aquel desorden. Por lo tanto, que de una parte no hubiese bajezas, y de otra, jamás violencias.

Al llegar a este punto se detuvo un momento, y, recobrando su acostumbrada sonrisa, añadió:

—Por el cariño que a todos os tengo, quisiera realizar un imposible... Os quisiera quitar los bofetones que habéis recibido... pero no puedo.

Al oír esta conclusión, todos rieron y se disipó el mal humor.

Si la razón logra imponerse con suavidad en circunstancias tan críticas, ¿no ha de poderlo lograr en los casos ordinarios?

El Santo decía que la razón hace el oficio de las riendas en su sistema pedagógico, y que es preciso manejarlas bien para sacar de ellas todo el partido posible.

INDUSTRIAS DEL BUEN EDUCADOR

No se puede hablar a los niños de cualquier manera. Se requiere para ello un arte especial.

Don Bosco poseía el arte de la palabra y del convencimiento. [Sus palabritas al oído, el papelito con una frase a propósito colocado debajo de la almohada, etc., tenían tal eficacia, que en ocasiones los interesados no pudieron conciliar el sueño sino después de arreglar ciertos «asuntos».

¿Qué eran estas palabritas al oído?

Ordinariamente eran dardos de fuego que penetraban en el corazón y se elevaban de tal forma, que no se les podía arrancar : —¿Podrías ofrecer, como florecilla a la Virgen, estudiar un poco mejor la lección? —Jesús te espera en el Sagrario. —Quítate esa costumbre de poner las manos encima de los demás. —¿Por qué no vas a comulgar con más frecuencia? —¡ Ay, aquellos compañeros ! —¡ Acuérdate bien : Dios te ve ! —¡ Ayúdame a salvar tu alma ! —Hazte bueno y nos encontraremos juntos en el Cielo. Y cien otras frases que variaban según las necesidades de cada uno, y que producían, por lo general, efectos sorprendentes.

Pudiendo hablar a los niños, tenía bastante para poder obtener de ellos cuanto quisiera.

«Las semejanzas, las comparaciones, las parábolas, las fábulas y apólogos—decía él—resultan grandemente útiles. Con ellos se puede grabar tan profundamente una verdad en las mentes infantiles que no se borre jamás.»

Por otra parte, don Bosco estaba siempre a disposición de quien quisiera hablarle. La puerta de su habitación se hallaba siempre abierta para todos ; jamás se quejó de la indiscreción con que frecuentemente era molestado, acogiendo a todos con paternal familiaridad, tratándolos con exquisita delicadeza y dándoles facilidades para preguntar, exponer sus dudas, sus temores, sus culpas, etc.

Las *Buenas Noches* son otra muestra* de los apremios y de las industrias del Santo para educar a sus alumnos de una manera racional y delicada. «Terminadas las oraciones de la noche—escribe—, el Director o quien haga sus veces diga algunas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que se vayan a dor-

mir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Saquéense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio, y no dure la platiquita más de dos o tres minutos. En ella está la llave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación.»

Don Bosco copió de su madre esta práctica, al ver la eficacia que sobre el ánimo de los primeros niños recogidos en el Oratorio tenían las palabras cariñosas que aquella santa mujer les dirigía al acompañarlos a descansar.

Esta llamadita diaria a la mente y al corazón en momentos de recogimiento es tan eficaz, que muchos centros de educación la van adoptando, e incluso no faltan padres de familia que la practiquen en sus casas.

LA SINCERIDAD

Este ambiente de razón dentro del cual se desenvuelven las actividades educativas, es muy propicio para fomentar el verdadero amor y respeto a la verdad, y para cultivar la virtud de la sinceridad en los alumnos.

Se oye decir con frecuencia que el mundo está lleno de fingimientos, de engaños y de mentiras. ¿A quién atribuir la culpa de este mal?

La sinceridad es ley fundamental en la vida humana. Cuando pensamos, hablamos y obramos conforme a nuestras convicciones, somos hombres. Y si nuestras convicciones se conforman con los principios de nuestra fe, somos cristianos.

Si pensamos una cosa y decimos otra, si nuestras obras no corresponden a nuestras palabras, si lo que informa nuestra vida no es la verdad, sino el interés, la conveniencia, la comodidad, la falsa vergüenza, no somos hombres ni cristianos; somos, a lo sumo, un fantasma de hombre, una ficción de cristiano: andamos en tinieblas.

El hombre sincero es siempre digno de consideración y de respeto, aunque esté equivocado.

Al joven que es sincero, por enredado que se encuentre, siempre se le puede sacar a flote; si finge o se cierra, está poco menos

que perdido. La obra educativa que con él se realice, por buena que pueda parecer, será siempre superficial y movediza, y terminará en ruinas.

El mayor error que puede cometer un educador es tratar con severidad al alumno que espontáneamente reconoce y manifiesta su falta.

Que el alumno llegue a convencerse de que nuestro afecto hacia él y la opinión que de su persona vamos a formarnos dependerán no de cuanto nos diga, sino de la sinceridad con que se manifieste.

«Los niños—observa Fenelón—son naturalmente sencillos y francos ; mas si se les contrista injustamente o se les da algún ejemplo de poca nobleza, jamás volverán ya a su sencillez primitiva.»

Don Bosco, para más facilitar a sus niños la sinceridad, excluyó de sus colegios cuantos elementos pudieran ahuyentarla : la severidad, los castigos, los espionajes, etc. Hubiera sido un martirio insoportable fingir en aquel ambiente de cariño, de bondad y de ternura.





VI.—LA RELIGION

FUNDAMENTO DE TODA EDUCACIÓN

El Sistema Preventivo tiende a hacer hombres completos no sólo desde el punto de vista natural, sino, sobre todo, bajo el aspecto espiritual.

«El fin del Oratorio—advierde don Bosco—es atraer a los jóvenes con agradables y honestas recreaciones, para darles una sólida instrucción religiosa y hacer que cumplan con los deberes del buen cristiano.»

Sin la Religión no es posible el Sistema Preventivo.

“No hace mucho tiempo—ha dejado escrito el Santo—, un Ministro de la Reina de Inglaterra, al visitar una Institución de Turín, fué conducido al salón donde estudiaban cerca de quinientos jovencitos. Se asombró no poco al contemplar tantos niños en perfecto silencio. Creció su maravilla al decirle que no se había lamentado disturbio alguno durante el curso ni se había dado motivo para imponer una sanción o amenazar con ella.

—¿Cómo obtiene tanto silencio y disciplina—preguntó al Superior del establecimiento. (Era don Bosco, y el Instituto de que se habla el sayo.) Y usted—añadió, dirigiéndose al secretario—, escriba cuanto nos diga.

—Señor—respondió el Superior—: el medio que nosotros usamos no lo pueden utilizar ustedes.

--¿Por qué?

—Son arcanos conocidos únicamente de los católicos.

—¿Y cuáles son?

—La frecuencia de los Sacramentos de la Confesión y de la Comunión, y la Misa cotidiana bien oída.

—Tiene razón; nos faltan esos poderosos medios de educación. ¿No se pueden suplir con otros?

—De no usar éstos, es necesario acudir a las amenazas y al palo.

—Tiene razón, tiene razón: o Religión, o palo. Lo he de contar en Londres

La Religión en este Sistema es el fundamento de todos los deberes ; se impone no en fuerza de motivos utilitaristas, sino en fuerza de una ley superior y divina : la moral religioso-cristiana.

Es fuente de nuevas energías, sobre todo para el sacrificio y la abnegación.

Da a la obra educativa una nueva fuerza, más excelsa y sobrenatural, y coloca al educador en el foco de las irradiaciones sublimes de la gracia muy por encima de la categoría de los mercenarios, de los asalariados.

Don Bosco tuvo siempre muy en cuenta que el problema religioso se ofrece bajo dos aspectos : la Religión como ciencia (instrucción) y la Religión como vida (práctica). Por lo mismo, todos sus afanes se encaminaron a la armonización de ambos elementos integrantes de la vida espiritual en un solo organismo sólido y eficaz.

INSTRUCCIÓN RELIGIOSA

Empeño constante suyo fué echar los fundamentos de la vida sobre la roca de la doctrina que Cristo vino a revelar a los hombres.

En los colegios de don Bosco la instrucción religiosa ocupa el primer plano de las disciplinas y constituye la preocupación continua de los educadores.

Para infundirla en el alma se emplean mil ingeniosos modos : lecciones de Catecismo bien preparadas y seguidas con atención ; exhortaciones cortas, pero sólidas, frecuentes, prácticas, vivas y llenas de imágenes ; breves lecturas al terminar la Misa, durante la comida, al acostarse los alumnos en el dormitorio ; máximas religiosas y morales dichas con naturalidad, bien en el recreo, bien en la clase ; sencillas reflexiones de unos minutos al terminar las oraciones de la noche para depositar en el corazón del niño un pensamiento saludable antes de que se entregue al descanso. Así lo hacía don Bosco. Así era la vida del Oratorio, una ininterrumpida instrucción religiosa de la mañana a la noche.

Sus enseñanzas eran prácticas y activas : se desenvolvían en un ambiente de familiaridad tal, que cada uno podía preguntar, disipar dudas y completar ideas.

La claridad, la sencillez, la sobriedad, dotes características de la catequesis evangélica, brillan con particular fulgor en el método de don Bosco, método que no es otro que el empleado por el Divino Maestro.

VIDA CRISTIANA

Pero don Bosco no se limitaba a cultivar la inteligencia. La Religión, además de luz, es vida, vida verdadera, vida cristiana ; es decir, la vida de la gracia en la naturaleza, única verdadera vida del hombre.

Uno de los riesgos que actualmente corren los católicos está precisamente en la disociación entre la cultura y la vida religiosa.

Hay quien acepta, elogia y hasta defienden el catolicismo, la cultura cristiana ; pero no vive su vida, la vida sobrenatural.

Y no me refiero a las mil inconsecuencias prácticas de los católicos con sus debilidades y hasta sus caídas. Es éste un proceso normal en la Iglesia Militante, campo de trigo y de cizaña, de luchas, de triunfo y derrotas. Me refiero a aquellos que se jactan de católicos sólo porque conocen y admiran su dogma y moral, porque defienden su cultura y su influencia bienhechora en la civilización, porque respetan el catolicismo, lo fomentan y hasta procuran imponerlo a determinadas clases sociales ; pero ellos no entran en el ambiente de la vida sobrenatural, permanecen como simples espectadores, aunque benévolos.

Desconocen que la suprema cultura católica es la incorporación a Cristo por medio de la gracia y de los Sacramentos. A ningún buen educador católico se le debe escapar la trascendencia absoluta de esta verdad.

Nunca como en nuestros días fué tan urgente asentar sobre una sólida vida cristiana la perseverancia en las buenas costumbres de la juventud.

Antiguamente, la sociedad, la escuela y la familia cooperaban con eficacia a la acción benéfica del sacerdote. Don Bosco pudo ya en su tiempo comprobar cómo esos tres aliados se pasaban al bando contrario o se rendían a merced del enemigo.

No quedaba, pues, otro medio para proteger a la juventud que la doble coraza de una fe viva y una piedad ardiente.

Fe y piedad que se apoyen en una sólida instrucción religiosa, que lleguen hasta el fondo del alma, si bien respetando plenamente su libertad, y que pongan prácticamente al joven en contacto ininterrumpido con la fuente de toda fuerza y de toda vida sobrenatural, que es la gracia de Dios. Sólo así el joven podrá salvarse. Quizá alguna vez será ingrato y vuelva las espaldas al maestro ; mas llegará su hora, y el hijo pródigo volverá al fin a la casa paterna.

En verdad que no nos han de salvar los criterios humanos, asentados sobre la razón calculadora y fría, con frecuencia imperfectos y egoístas, sino los criterios divinos asentados en el corazón sereno que se halla más cerca de Dios que de los hombres.

LAS PRACTICAS DE PIEDAD

Son medio principalísimo de formación cristiana. Don Bosco les da un lugar de preferencia en su Sistema Preventivo.

Leemos en el Reglamento compuesto por el Santo para los alumnos de las Casas Salesianas :

«Rezad con frecuencia y fervor, y no de mala gana. Es mejor no rezar que rezar mal. Lo primero que haréis por la mañana al despertaros es la Señal de la Cruz y elevar la mente a Dios diciendo alguna jaculatoria.

Asistid devotamente a la Santa Misa ; oíd con atención los sermones y demás instrucciones religiosas, y no dejéis de hacer cada día, o bien de escuchar, una breve lectura espiritual.»

Además de las prácticas de piedad ordinarias, como la Misa cotidiana, las oraciones de la mañana y de la noche, la sencilla invocación antes y después de la clase, del estudio, de las comidas, etc., el Santo prescribe otras periódicas con prudente y paternal insistencia. Tales son las instrucciones religiosas en los días festivos, el triduo al principio del año escolar, la breve tanda de Ejercicios Espirituales durante la Cuaresma, el ejercicio mensual de la Buena Muerte y la celebración solemne de las fiestas principales del año litúrgico.

«Tened especial devoción al Santísimo Sacramento—continúa escribiendo el Santo—; a la Santísima Virgen, a San Francisco

de Sales, a San Luis Gonzaga y a San José, que son los protectores particulares de cada casa.»

La devoción a Jesús Sacramentado es como el centro de la piedad para los jóvenes de los Colegios Salesianos.

«¿Queréis que el Señor os conceda muchas gracias?—repetía con frecuencia don Bosco a sus jóvenes—. Visitadle con frecuencia. ¿Queréis que os haga pocas? Visitadle pocas veces. ¿Queréis que el demonio os asalte? Visitad poco a Jesús Sacramentado. ¿Queréis que huya de vosotros? Visitadle con frecuencia. ¿Queréis vencer al demonio? Refugiaos frecuentemente a los pies de Jesús. ¿Queréis ser vencidos? Dejad de visitar a Jesús.»

Por lo demás, es indudable que la infancia ha de crecer al calor del regazo materno. Don Bosco necesitaba una madre para sus hijos.

La encontró en la Santísima Virgen María Auxiliadora, que desde un principio fue su guía y su sostén.

Toda su vida trabajó incansable por extender su devoción y arraigarla profundamente en el corazón de sus hijos.

Aprovechaba para ello los triduos, las novenas, las festividades y cuantas ocasiones se le presentaban.

¡Cuántas veces pudo observar cómo las caricias maternas de la Santísima Virgen producían frutos sorprendentes !

Tres días antes de morir daba a sus hijos, los salesianos, este consejo : «Desde lo alto del pulpito y en vuestras conversaciones, insistid sobre la devoción a la Santísima Virgen y sobre la Comunión frecuente.»

Sabía muy bien por experiencia y por inspiración divina que la Hostia Santa y la Santísima Virgen son el más firme baluarte y defensa contra las seducciones y asaltos del demonio.

Respecto a otras devociones, dice : «No abracéis nunca ninguna devoción nueva si no es con licencia de vuestro confesor, y recordad lo que decía S. Felipe Neri a sus hijos : «No os carguéis de otras devociones, sino perseverad en las que ya tenéis.»

LAS VIRTUDES

Huir del pecado y practicar la virtud es norma fundamental de la vida cristiana, norma que el educador no puede nunca perder de vista.

Don Bosco mantuvo durante toda su vida una lucha sin tregua con el pecado.

«Don Bosco es el hombre más bueno de este mundo—solía decir a sus alumnos—. Cantad, gritad, alborotad, divertios cuanto queráis ; sabrá disculparos porque sois jóvenes ; pero no deis escándalo, no arruinéis vuestras almas y la de los demás con el pecado, pues entonces será inexorable.»

«Aunque debéis evitar toda clase de pecados, absteneos de una manera particular, por ser los más perniciosos para la juventud, de las blasfemias, de la impureza y del robo.»

No se contenta el Sistema salesiano con una posición moral negativa, sino que se lanza con decisión a formar hombres de positivas virtudes cristianas.

«Entregaos desde jóvenes a la virtud, porque el esperar darse a Dios en la edad avanzada, es exponerse al gravísimo peligro de condenación eterna. Las virtudes que forman el más bello adorno de un jovencito cristiano son : la modestia, la humildad, la obediencia y la caridad.»

¡ Cuántos padres y educadores olvidan esto y al querer cultivar la virtud en el corazón de sus hijos o alumnos, carecen del ascendiente necesario porque los malos hábitos han echado ya muy hondas raíces !

Don Bosco se servía también de las compañías piadosas de San Luis Gonzaga, San José, Santísimo Sacramento y María Inmaculada para poner en acción las mejores virtudes de sus jóvenes, ya en relación a sí mismos, ya de cara al apostolado en medio de sus compañeros.

LOS SANTOS SACRAMENTOS

Los Santos Sacramentos son canales de vida sobrenatural que nacen de Cristo y fecundan las almas.

El Sistema Preventivo les da toda la importancia que les corresponde. «No pueden prosperar las casas de educación—dice don Bosco—en las que se abandona la frecuencia de Sacramentos. La frecuente Confesión, la frecuente Comunión y la Misa cotidiana, son las columnas que deben sostener un edificio educativo.»

La confesión: El Santo invitaba con frecuencia a sus niños a confesarse, les facilitaba hasta lo indecible la recepción de este Sacramento que resulta para muchas almas una de las prácticas más difíciles de la vida cristiana.

Estaba siempre a su disposición para confesarlos, a todas horas y en cualquier lugar adecuado. Es, quizá, el Santo que ha reconciliado con Dios más almas juveniles. Era éste, para él, el gran medio educativo.

Profundo conocedor de la psicología de los niños, los acogía con cándida, les facilitaba su trabajo, deshacía sus embrollos, y, una vez dispuestos para el perdón, les decía dos o tres frases adaptadas al estado de su alma en forma de paternal consejo, y los absolvía.

Si el niño llega a convencerse de que el confesor es verdaderamente un padre cariñoso que desea ardientemente hacerle el mayor bien posible y apartarle de todo mal, si encuentra en la confesión el amor, la comprensión y la paz que necesita, no habrá que insistirle mucho para que se confiese con frecuencia, ni tardará mucho este medio sobrenatural en producir efectos saludables, tanto más que en el arte de la perfección es indispensable un maestro especializado, y éste, de ordinario, es el confesor.

La Comunión: Desde los primeros años de su ministerio sacerdotal fue don Bosco partidario decidido de la Comunión frecuente. Su mayor ilusión era acercar a los niños al Sagrario, al comulgatorio. Presentía, como aquellas madres de Judea, que el contacto de Jesús había de proporcionarles grandes bienes. Ninguna imposición, ninguna exigencia; tan sólo insinuación amorosa y frecuente y la más amplia libertad para que comulgasen cuando y como quisiesen.

Es realmente encantador el momento de la Comunión en los colegios salesianos. Quien lo haya presenciado una vez no podrá olvidarlo fácilmente.

Don Bosco proponía la Santa Comunión como remedio contra la concupiscencia, y, por lo tanto, como precioso medio de forma-

ción cristiana : «Dicen algunos que para recibir la Comunión con frecuencia hay que ser santos. No es cierto. Esto es un engaño. La Comunión es para quien quiere hacerse santo, no sólo para los santos ; los remedios se dan al enfermo ; los alimentos, al débil.»

Por otra parte, insistía mucho en la diligente preparación, en la acción de gracias y en la correspondencia a las gracias de la Comunión mediante el esfuerzo personal.

«Haced la Comunión como se debe ; y después de ella, dad gracias a Dios por lo menos un cuarto de hora. Hay algunos que se direven a acercarse a la Sagrada Comunión, y no piensan para nada en corregirse de sus propios defectos. Comulgan por la mañana, y durante el día tienen conversaciones inconvenientes, murmuran de los superiores y de los compañeros. ¿Cómo se puede afirmar que los tales han hecho comuniones verdaderamente buenas?»

OBSERVACIÓN IMPORTANTE

No terminaremos este capítulo sin hacer hincapié sobre el interés de don Bosco en hacer suave y atrayente a los niños el yugo de la Religión y en facilitarles las prácticas de piedad. Procuraba introducir los sentimientos religiosos, no por medio del temor, sino por medio del amor.

No presenta la piedad como una cosa fría, monótona y austera, sino como un aliento sereno del alma que tiende libremente hacia Dios. «Las funciones religiosas—dice magistralmente don Auf-fray—son breves, vanadas, agradables, espectáculo para los ojos, encanto para los oídos, interés para el espíritu, profunda emoción para el corazón. Los monaguillos pulcros y recogidos ejecutarán con exactitud las ceremonias sagradas. El altar estará adornado con gusto, inundado de luces, perfumado de flores. Los cantos irán impregnados de fe y de arte, y todos participarán en ellos. Pocas veces el aburrimiento y la fantasía que a él conduce harán presa en esas almas de niños, pues si no rezan en alta voz, un hermoso cántico popular las hace vibrar al unísono. En una palabra, la iglesia volverá a ser para estos pequeños cristianos del siglo XX lo que era para nuestros antepasados del siglo XII y XIII : la casa que tan bien han sabido cultivar nuestros corazones, y en la que hemos sentido a Dios tan presente, tan dulce, que instintivamente, en la

hora de la tentación de la miseria, o del desaliento o del gran dolor, el alma ha corrido a ella como a su natural refugio.»

Gracias a esta educación de piedad, el Santo y sus hijos poblaron la tierra de millares de jóvenes cristianos, que en las fábricas y en los talleres, en las cátedras y en las oficinas, en el campo y en la ciudad, esparcen con firme decisión el perfume de Cristo y el aroma de la virtud.





VII.—E L A M O R

AMOR DE DON BOSCO A LAS ALMAS

He ahí la tercera piedra fundamental del Sistema Preventivo de don Bosco que en su aplicación ha de ocupar siempre el primer lugar.

No se trata del amor sensible y muelle, hijo de la imaginación y de los sentidos.

Ni sólo del amor honesto y racional que se siente atraído por los ricos tesoros que la naturaleza ha depositado en el fondo de las almas juveniles, sino el amor cristiano, el amor sobrenatural, que consiste en amarse en la tierra como se ama en el Cielo, que descubre en el niño destellos de la Divinidad, que lo mira como un depósito sagrado confiado por Dios a los hombres para que coope-remos con él al desarrollo y perfección de las dotes de naturaleza y de gracia con que lo ha enriquecido. Amor puro y enteramente espiritual, pero que, al mismo tiempo, ha de ser comprendido y sentido por el alumno.

Don Bosco amaba a Dios en sus niños, y por eso los amaba con ternura, sin límites, siendo correspondido en igual medida. Se sacrificaba por Dios en bien de sus protegidos, y sus sacrificios hallaban eco en el tierno corazón de la infancia.

«De buena gana hubiera resumido todo su método en esta frase—dice don Auffray—: Hacerse amar a sí mismo para hacer amar mejor a Dios.»

Fiel discípulo de la escuela de San Francisco de Sales, sostiene y enseña que, para llegar al sacrificio, hay que comenzar por el amor.

El maestro será obedecido, respetado y temido cuando sea amado.

Suyos son estos consejos : «Procura que los niños te amen antes que te teman. Cuida de captarte su amor más bien que de infundirles temor. Si quieres que te teman, haz que te amen.»

«La práctica de este Sistema—decía él—estriba totalmente en las palabras de San Pablo : La caridad es benigna y paciente, todo lo sufre, todo lo espera, y lo soporta todo.»

Así se lo había enseñado el misterioso Personaje de su primer sueño : «No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte estos amigos tuyos.»

«¿Quién es capaz de expresar—dice su biógrafo, don Lemoyne—todo el amor de don Bosco para con sus almas? Se transparentaba de tal modo en su mirada y en sus palabras, que todos lo advertían inmediatamente y experimentaban un placer inefable en poder estar a su lado.»

Imnumerables son los hechos de su vida en los cuales se pone de manifiesto ese mutuo amor y cariño.

Ved una prueba.

A primeros de julio de 1846, don Bosco, agobiado de trabajo, cayó enfermo. Durante ocho días estuvo a las puertas de la muerte y se le administraron los últimos Sacramentos.

La noticia cundió entre los niños; todos sintieron que iban a perder a su padre, a su consejero, a su mejor amigo. ¿Sería posible que el Cielo los abandonase para quedar de nuevo solos, sin guía, sin amor? No. Si fuera preciso un milagro, lo obtendrían. Y en el Santuario de Nuestra Señora del Consuelo se turnaban por horas todos esos niños, esos adolescentes, que ayer no eran más que golfillos de la calle, para arrancar de la Santísima Virgen la curación de don Bosco. La oración empezaba por la mañana y terminaba al anochecer; y mientras unos se volvían a sus casas, otros proseguían hasta el día siguiente. Estos hijos amantes hacían votos temerarios para librar a su padre de las garras de la muerte: rezar el Rosario durante un mes, un año, durante toda la vida. Muchos ayunaban a pan y agua; algunos, durante varios días. ¡Y pensar que eran peones de albañil que subían y bajaban hasta cincuenta veces al día los cinco pisos del andamiaje, con un cuevo de mortero a las espaldas! ¡Ah, cuán maravillosamente se había conquistado a toda esa juventud el humilde sacerdote que en aquellos momentos se preparaba tranquilamente a comparecer ante Dios! La oración confiada de los niños a los pies de la Virgen cambió la escena, y la noche, que, a juicio de los médicos, había de ser fatal, fué la de su retorno a la vida.

Quince días después, una oleada de jóvenes esperaban en la puerta del Refugio. De pronto aparece en el portal la figura de don Bosco. Aquello

fué un delirio. Tenían preparado un sillón, y se sentó en él. E inmediatamente los brazos robustos de sus jóvenes lo elevan por encima de aquella turba de niños, que cantando, riendo y llorando, formaban el séquito espléndido del buen sacerdote para conducirlo a su capilla.

Estas palabras del canónigo Balesio, uno de los primeros alumnos de don Bosco, son un testimonio magnífico y elocuente de cuanto vamos diciendo.

«La vida y las obras de don Bosco—dice—son ya del dominio de la historia, la cual, en páginas hermosas y elocuentes, dirá a las generaciones futuras que fue por espacio de medio siglo el apóstol del bien... Pero lo que no podrá decir plenamente, lo que no se podrá hacer comprender con claridad, es su vida íntima, su sacrificio continuo, reposado, dulce, infatigable y heroico, su esfuerzo intelectual y el grande amor que nos profesaba, la confianza, el aprecio, la veneración, el afecto que nos inspiraba, la grande autoridad de que gozaba entre nosotros, la opinión de santo, de sabio en que le teníamos. Dificilmente la Historia será capaz de hacer comprender y creer las suaves dulzuras que infundía en nuestros corazones con una sola palabra, una mirada, una señal. Necesario sería haberlo visto, haberlo experimentado como nosotros.»

CARACTERÍSTICAS DEL AMOR SALESIANO

Sólo el amor verdadero, impregnado de abnegación y de sacrificio, es capaz de elevar al educador y al educando a la realización de los pequeños y grandes heroísmos que se requieren para lograr la perfección, tal cual la exige la naturaleza y la requiere la voluntad de Dios.

Séanos, pues, permitido consignar aquí algunas de las principales características del amor, de la caridad salesiana, ya que se trata de una cuestión que reviste la mayor importancia.

La primera característica del amor salesiano, como muy bien escribe nuestro Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, es la afebilidad y la dulzura.

«La dulzura en el hablar, en el obrar y en la manera de avisar, gana a todos y lo gana todo»—dice don Bosco.

Y no sólo debe usarse con los niños buenos y dóciles, sino también con los díscolos y rebeldes. Es convicción del Santo que esta

clase de niños, solamente con la mansedumbre pueden ser corregidos y llevados al bien.

«¿Por qué hemos de desanimarnos y avergonzarnos—dice—cuando en la educación de los niños no nos vemos inmediatamente correspondidos? Sembremos, y después imitemos al campesino que espera con paciencia el tiempo de la cosecha. Pero, lo repito, no olvidéis jamás la dulzura en las maneras ; ganaos los corazones de los jóvenes por medio del amor ; recordad siempre la máxima de San Francisco de Sales : Se atrapan más moscas con un plato de miel que con un barril de vinagre.»

«Para tener buen éxito con los niños—decía el 19 de julio de 1880 a un grupo de antiguos alumnos, casi todos sacerdotes—cuidad mucho de usar buenos modales con ellos ; haceos amar y no temer ; demostradles y convencedles de que deseáis la salvación de su alma ; corregid con paciencia y candad sus defectos. Sobre todo, absteneos de golpearlos. En una palabra, haced de modo que cuando os vean, corran a rodearos y no huyan como hacen, desgraciadamente, en algunos pueblos.»

Verdaderamente, con dureza no se consigue nada en el terreno de la educación y nada se arregla. Es, pues, necesario, abandonar esa posición, apenas se pueda, si alguna vez se comete el error de adoptarla.

ESPÍRITU DE FAMILIA

Otra de las características de la caridad salesiana es el espíritu de familia.

«Ven, que yo te haré de padre»—solía decir don Bosco a los huerfanitos que recogía.

Los colegios salesianos son verdaderas familias ; doquiera se respira el ambiente familiar. En ellos no hay superiores ni subditos, sino padres e hijos, hermanos y amigos. En todos los rostros y en todos los corazones se transparenta la paz, la alegría, la santa libertad de una familia bien ordenada.

«Tratad con familiaridad a los jóvenes—insistía don Bosco—, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el amor, y sin esta demostración no puede existir la confianza.»

AMABILIDAD DEL EDUCADOR

La tercera característica de la candad que don Bosco quería y practicaba, es que sea advertida por los niños. Mientras inculcaba por una parte una caridad profundamente sobrenatural, quería, por otra, no sólo que el alumno se diera cuenta de que el educador le ama, sino que éste se lo hiciera sentir. Quiere don Bosco que al niño se le ame siempre y únicamente como criatura de **Dios**, como templo del Espíritu Santo y heredero del cielo ; y exige, por lo mismo, que la voluntad esté constantemente sometida a los dictámenes de la razón, pero sin que el corazón quede al margen, antes se le dé una participación amplia.

Es fácil comprender los enormes abusos que pudiera ocasionar una falsa interpretación de estas palabras y a qué funestísimas consecuencias se expondría el educador que tratase de aplicarlas en forma inadecuada.

Resulta demasiado evidente que la familiaridad puede degenerar en afeminación y sensiblería, puesto que es tan difícil regular o encauzar debidamente los afectos del corazón. Santos debiéramos ser como don Bosco para entenderlo y practicarlo como él lo practicaba y entendía.

«Que los jóvenes—decía él—no sólo sean amados, sino que sepan que son amados. Si se ama aquellas cosas que gustan a los niños y se toma parte en sus aficiones infantiles, aprenden también a ver el amor en las cosas que naturalmente les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y aprenden a hacer estas cosas con entusiasmo y amor.»

El corazón es el órgano central del Sistema Preventivo. A través de él se perciben mejor las verdades trascendentales y se resuelven con mayor facilidad los problemas de la educación y de la vida...





VIII.—LA PUREZA

APRECIO DE DON BOSCO POR ESTA VIRTUD.

Las almas puras se distinguen de las que no lo son por la manera de amar. Viene a ser, pues, este capítulo como una continuación del anterior, aunque bajo distinto aspecto.

Antes hemos hablado del amor como medio fecundo y eficacísimo de educación ; ahora, del amor que ha de cultivar y desarrollar el educador en el corazón del educando para que los ubérrimos frutos del Sistema Preventivo lleguen en su día a ser preciosísima realidad.

No basta cultivar la inteligencia, es preciso poner un esmero particular en el cultivo del corazón ; no basta enseñar a razonar, hay que enseñar a amar. Y las lecciones del amor no pueden convenientemente desarrollarse sino dentro de una atmósfera saturada de pureza y de candor.

La mayor ilusión de don Bosco consistía en formar jóvenes puros. ¡ Cuántos apremios, cuántos esfuerzos, cuánta solicitud y sacrificio, cuánta prudencia para defender, conservar y asegurar la pureza de sus jóvenes ! Es verdaderamente éste el poema de su vida como educador.

Para prolongar un cuarto de hora la inocencia de uno de sus niños, estaba dispuesto a darlo todo.

«Preocupaos de las buenas costumbres—dice a sus hijos, los Salesianos—, salvad la moralidad. Toleradlo todo, vivacidad, desatenciones, ¡ todo ! ; pero no la ofensa de Dios y, de un modo especial, el vicio contrario a la pureza. Estad atentos sobre este punto y no perdáis jamás de vista a los jóvenes confiados a vuestros cuidados.»

En otra ocasión habla así : «Lo que debe distinguir a la Pía Sociedad Salesiana es la pureza, como la pobreza caracteriza a los hijos de San Francisco de Asís y la Obediencia a los de San Ignacio.»

Su misión providencial es, pues, regenerar el sentido estragado de la Humanidad, haciéndole notar la amarga hiel depositada en el fondo del placer sensible y aficionado a las suaves dulzuras de la vida de la gracia. Como esto es muy difícil lograrlo en quienes se han entregado ya en cuerpo y alma a las pasiones vergonzosas, busca su campo de acción en las almas juveniles, que conservan íntegro o poco averiado todavía el sentido de la virtud y de la elevación moral y religiosa.

EN QUE CONSISTE EL PROBLEMA

Los padres y educadores tienen la obligación estricta de preparar al niño para la batalla que habrá de librar en su adolescencia : la batalla de la pureza.

Antes, algunos principios que arrojen luz sobre materia tan delicada.

El amor es un impulso que viene de Dios, y que a Dios nos lleva a través de las vicisitudes de la vida. Tiende a la unión de los seres, para que colaboren con Dios en la propagación y la conservación de la vida en el mundo.

Así como hay dos género de vida, hay también dos clases de amor y de fecundidad.

Fecundidad sobrenatural, la más noble y más sublime, que procede de la unión de las almas con el Espíritu Santo por medio de la gracia, y tiende a la propagación y conservación de la vida sobrenatural. Esta es la fecundidad propia de los santos, de las almas puras, de la Iglesia de Cristo.

Fecundidad de la naturaleza, que procede legítimamente de la unión de los esposos en el Santo Matrimonio y tiende a la multiplicación y conservación de los seres racionales, destinados a dar gloria a Dios de una manera especial, a ser miembros vivos de Cristo, dilatando, en cierto modo, su vida y su gloria en la tierra y en el Cielo.

El buscar el placer sensual prescindiendo de la fecundidad o de los cuidados que requieren el sustento y educación de los hijos, es sabotear los planes del Creador y profanar su obra en lo que tiene de más sagrado.

Las almas puras y castas tienen a raya tales tendencias de la naturaleza. La claudicación cobarde constituye la impureza, vicio el más nefasto para el individuo y la sociedad.

Ahora bien ; dada la importancia que esta virtud tiene en la formación de los jóvenes, y dadas las enormes dificultades con que al presente han de tropezar ellos ya desde su más tierna infancia para la conservación de la virtud angélica, no es de extrañar que cuantos, teórica o prácticamente, intervienen en asuntos pedagógicos, se propagan como problema a resolver en primer plano el de la «educación de la pureza».

TENDENCIA PELIGROSA

De tal puede ser calificada la de algunos autores y tratadistas que pretenden haber hallado en la llamada iniciación sexual, una solución satisfactoria del problema.

¿Cuál era la posición de don Bosco frente a un asunto de tanta trascendencia? He aquí la respuesta dada por el más alto y auténtico intérprete del espíritu del Padre, su Cuarto Sucesor, el Reverendísimo Sr. D. Pedro Ricaldone :

«Con el título de la educación de la castidad y otros parecidos, se viene difundiendo, no sólo entre los educadores laicos, sino también entre los sacerdotes y religiosos, una determinada teoría según la cual es cosa conveniente abrir temprano los ojos de los niños en materias que afectan a la castidad. Alegan los defensores de tales teorías que es preferible que esas materias las aprenda el niño de boca de sus maestros y educadores a que le sean reveladas por compañeros perversos o libros desaprensivos.

Sobre asunto tan delicado como éste, nosotros tenemos normas indeclinables y a ellas deberemos ajustarnos.»

¿Cuáles son estas normas? El mismo Rector Mayor de la Congregación Salesiana nos las declara con las siguientes palabras :

«Con razón—observa también Charmot, refiriéndose a este punto—, que para hacer comprender a los hijos convenientemente las leyes divinas del amor humano y de todo lo que trae consigo, es necesario hacerles comprender, admirar y desear ante todo la *fecundidad espiritual*.»

Este es el campo en el cual don Bosco despliega toda su actividad como educador de la pureza y en el cual adentra plenamente a sus hijos, cuidando de que el otro campo pase lo más inadvertido posible.

Por lo demás, se adaptaba a todo : a las diversiones, al teatro a la música, a los goces y alegrías de las fiestas familiares, religiosas o cívicas, con tal de que se mantuvieran dentro de los límites de la más estricta modestia.

La pureza es el resultado victorioso de una lucha tenaz y prudente bajo el influjo de la gracia.

Para alcanzar la victoria en este terreno es necesario ser valiente, tener buena dirección y usar de armas escogidas con una táctica especial que todo buen educador debe conocer a fondo.

En muchas ocasiones no bastará la vigilancia que previene, ni la ley que prohíbe, ni la razón que ilumina, ni el respeto a sí mismo, ni el honor, ni el pudor, ni el peligro de la salud, ni la alegría de carácter, ni la moral natural, para detener el ímpetu de la pasión. La voz de los consejos se ahoga cuando la pasión envuelve en llamas el cuerpo.

Hace falta algo más. Exponemos a continuación algunos de los medios que don Bosco con mayor frecuencia e insistencia inculcaba para conservar la virtud de la pureza.

EL TRABAJO

Estando para morir, el Santo repitió a sus hijos por tres veces esta palabra de orden : «Trabajo, trabajo, trabajo», que constituyó para él un verdadero programa de vida, y lo legó a nosotros como preciada herencia.

Leemos entre los propósitos de su primera Misa : «El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma ; por consiguiente, no descansaré más de cinco horas cada noche.»

«¿Cómo queréis que descansen—repetía a menudo— si el demonio no para nunca? Ya tendremos tiempo de descansar en el Cielo.»

Sobre la puerta de su habitación había un letrero de gran tamaño que decía : «Cada minuto de tiempo es un tesoro.»

Cuando el doctor Pombal le recomendaba el descanso como único remedio para prolongar su existencia : «Es precisamente éste—dijo—el único que no puedo tomar ; mientras me queda un hilo de vida, quiero gastarlo en bien de la juventud.»

No es el suyo un trabajo agitado y febril que absorbe la vida y agota el espíritu ; es una calma imperturbable en medio de una prodigiosa actividad ; es un servicio amoroso y constante de Dios Nuestro Señor, un trabajo que es, al mismo tiempo, oración.

Esta actividad individual y colectiva la supo imprimir tan profundamente en el alma de sus hijos y alumnos, que forma en ellos como una segunda naturaleza.

Quería que sus alumnos estuvieran constantemente ocupados. «El agua estancada—decía—no tarda en corromperse, mientras Ja que corre bulliciosa se conserva fresca y cristalina. Es preciso ahogar el mal con la superabundancia del bien.»

Por lo mismo, el asistente salesiano no descansa en el patio hasta ver a todos sus alumnos jugando alegremente, y el maestro no está tranquilo mientras no los vea constantemente ocupados.

Una ocupación agradable, ordenada y sana que absorba por entero la vida y las actividades del alumno, es, después de la piedad, el medio más eficaz para conservar la inocencia, afianzar las buenas costumbres y salvar la moralidad. Si falla este medio, fallan todas las medicinas y cuidados, aun los más excelentes.

Por eso escribe el Santo en el Reglamento de los alumnos : «El que no se aplique al estudio con constancia o sirva de estorbo para los demás, será avisado ; y si no se corrige será en seguida destinado a otras ocupaciones o enviado a sus padres.»

Es que la ociosidad corrompe la virtud, oscurece la ciencia, derriba la fortaleza y engendra todos los vicios.

El trabajo, en cambio, nos preserva de caer en el pecado, mantiene alejadas las tentaciones, nos hace virtuosos, nos granjea la estima de Dios y de los hombres y proporciona grande paz y alegría.

Recuerden estas verdades los padres y maestros. Y si llegan a comprender la grave responsabilidad que les incumbe, no ahorrarán sacrificio alguno para tener siempre bien ocupados a sus hijos y alumnos.

No pueden crecer virtuosos si se les deja largas horas a su antojo, sin preocuparse de ellos para nada.

LA MORTIFICACION

El placer es hoy día el ídolo que cuenta con más adoradores y devotos. Todo se le sacrifica sin escrúpulos: la conciencia, la salud, la vida, el honor, el cuerpo y el alma.

Don Bosco acostumbraba a sus jóvenes a la mortificación de los sentidos externos y de los afectos del corazón atacando al mal en su misma raíz.

No hay tregua para la sensualidad; es preciso morir todos los días para seguir a Cristo.

Leemos en el Reglamento de los alumnos, compuesto por el Santo: «Os recomiendo la modestia de la vista por ser los ojos las ventanas por las cuales el demonio introduce el pecado en el corazón... Evitad todas las acciones, movimientos o palabras que puedan tener algo de grosería.»

insistía también con frecuencia sobre la templanza en la comida y en la bebida, y en la modestia en el vestido, poniendo como ejemplo la angelical figura de San Luis Gonzaga.

Claro está que no se mide la virtud por un dedo más o menos de vestido, pero es cierto que estas cosas influyen notablemente en la pureza de costumbres.

No obstante, cuando no se puede remediar, es mejor distraer la atención a fin de que pasen lo más inadvertidamente posible, ya que el vituperarlas con poca prudencia delante de los muchachos puede serles ocasión de peligro o despertar en ellos pasiones adormecidas

Don Bosco no solía recomendar mortificaciones extraordinarias. «Si queréis mortificaros—decía—, los medios no faltan. El calor, el frío, las enfermedades, las cosas, las personas, los acontecimientos, etc., nos ofrecen ocasiones a granel.»

No quiere ello decir que se limitara a las mortificaciones estrictamente obligatorias. Para alcanzar las altas cumbres de la pureza hay un medio que no puede ser substituido por otro : practicar ejercicios de privación voluntaria de los placeres lícitos.

HUIR DE LOS PELIGROS

La lucha por la pureza tiene una táctica especial : huir de los peligros. En el campo de la seducción, en el campo de la orne, la derrota es inevitable. Preciso es trasladarse cuanto antes a los campos de Dios, y allí, bajo la mirada bondadosa del Padre y recostados en el regazo amoroso de la Madre, desplegar serenamente, generosamente, todas las energías en servicio de su causa.

Pocas cosas encarecía tanto don Bosco como ésta : huir de los peligros, evitar las malas compañías, las diversiones peligrosas, las lecturas inconvenientes. Es más, si recomendaba tanto la vigilancia era precisamente para que con ella se evitaran de antemano los peligros.

Vigilancia completa sobre los sentidos, sobre la fantasía, sobre el corazón.

El corazón es como un parvulillo sin seso y hambriento, que traga y engulle cuanto encuentra. Hay que alimentarlo, pero con manjares escogidos, llenarlo de santos afectos, de ideales nobles y de sanas alegrías del espíritu.

MEDIOS SOBRENATURALES

No siempre es fácil trasladarse a los campos de Dios y trabajar en ellos con afán. Desde la cuna el corazón del hombre oscila entre la carne y el espíritu. Estamos vinculados a la carne y no podemos desprendernos de ella. Por eso no faltan quienes opinan que la castidad perfecta es imposible. Los tales desconocen totalmente el poder de la gracia. Sin ella realmente el hombre es incapaz de resistir siempre al aguijón de la carne.

La solución del problema está, sobre todo, en una vida fervorosa. La vida espiritual ha de superar en vigor a la vida de los sentidos, mediante la caridad y el apostolado.

A ello ayudarán grandemente la oración, la frecuencia de los Sacramentos y la devoción a la Santísima Virgen.

La oración nos une con Dios y con las cosas santas, nos hace ver las hermosuras del orden sobrenatural a través de la corteza más o menos atrayente de las criaturas, sin que nos detengamos en ellas, con una inocencia algo semejante a la de nuestros primeros padres antes de pecar.

La Confesión levanta al caído y dirige al animoso por el camino seguro de la victoria.

La Comunión transforma nuestra carne pecadora en carne de Cristo, ya domada, ya santificada, ya divinizada. No existe medio sobrenatural más eficaz para el triunfo de la pureza que las comuniones fervorosas y frecuentes.

Casi tanto como la Comunión frecuente es necesaria a los jóvenes la devoción a la Santísima Virgen, bajo cuyo maternal auxilio vivían seguros y felices los muchachitos de don Bosco al abrigo de toda asechanza del enemigo.

UN SUEÑO

Transcribimos aquí un sueño que tuvo don Bosco el año 1865 y que nos narra él mismo, donde se revela su pensamiento y las trazas apremiantes de su solicitud con relación a esta materia :

"Me pareció encontrarme—dijo—en medio del patio rodeado de mis niños. Todos llevaban en la mano una flor fresca y lozana. Quienes una rosa, quienes una azucena, y algunos entrambas flores a la vez. De repente apareció un feísimo gatazo, grande como un perro, con cuernos completamente negros, con los ojos encendidos como un ascua, las uñas a modo de afilados clavos y un vientre desmesuradamente hinchado. La horrible bestia se acercaba con preocupación a los niños, y, dando vueltas a su alrededor, acechaba la ocasión para dar un zarpazo a las flores y arrojarlas al suelo.

Al ver aquel animalucho, quedé sobresaltado. En cambio, muchos de aquellos niños seguían tan tranquilos, como si nada sucediera.

Cuando el gato se dirigió contra mí para quitarme mis flores, eché a correr hasta que alguien me detuvo diciendo:

—No huyas; di a tus niños que levanten el brazo y el gato no podrá arrebatarnos las flores.

Me detuve y levanté el brazo; el gato se abanzó sobre mí, pero como era tan corpulento, al no poder alcanzar mis flores, cayó pesadamente al suelo.

La azucena, queridos niños, es la bella virtud de pureza, y de la modestia, continuamente asediada por el demonio. ¡Ay de aquellos niños que tienen esta flor baja cerca del suelo! El demonio se la arrebatará. Tienen la flor baja aquellos que regalan su cuerpo comiendo desordenadamente y fuera de hora; aquellos que huyen del trabajo, de la fatiga; del estudio y se entregan al ocio; aquellos que toman parte en ciertas conversaciones, leen ciertos libros... y huyen de la mortificación.

La victoria es difícil, pero el Señor nos indica la manera de vencer al advertirnos que esta clase de demonios no puede ser echada sino por medio de la oración y del ayuno. Alzad, pues, vuestro brazo y vuestra mirada al Cielo, poned en salvo vuestra flor, lo cual lo conseguiréis mediante la oración. La oración que se eleva al Cielo, son las oraciones de la mañana y de la noche bien rezadas; oración es la meditación y la Misa; oración, la Confesión y Comunión frecuentes; oración son las pláticas y las exhortaciones de vuestros superiores; oración es la visita al Santísimo Sacramento; oración, el Santo Rosario; oración es el estudio. Con la oración, vuestro corazón se dilatará y se elevará al Cielo, pudiendo repetir con David: "Corrí por el camino de tus mandamientos y tú ensanchaste mi corazón."

Así pondréis a salvo la más bella de las virtudes, y, por más que se esfuerce, jamás el enemigo podrá arrebatarosla de las manos."

SEVERIDAD

Dejando aparte otros medios empleados con éxito por don Bosco y que expondremos más adelante, como son la constante y solícita asistencia, las expansiones de la más sana alegría y de la vida de familia, la disciplina paternal y persuasiva, etc., cerraremos este capítulo, ya demasiado largo, mostrando, con un hecho de la vida fecunda del Santo educador, los medios extraordinarios de corrección usados con ciertos alumnos obstinados en el mal y que con su modo de obrar eran piedra de escándalo para sus compañeros.

El 16 de septiembre de 1876, después de las oraciones de la noche, ante la imponente y acostumbrada reunión de sacerdotes, clérigos, coadjutores, estudiantes, artesanos y fámulos, subió tranquilamente a la pequeña tribuna que había bajo los pórticos.

Comenzó narrando cuanto el Divino Salvador había hecho y padecido para salvar a las almas y sus amenazas contra los que escandalizaban a los niños; habló luego de lo que había hecho y hacía él mismo en cumplimiento de la misión que le había confiado la Divina Providencia, recordando los trabajos, los sudores, las humillaciones que había soportado por la eterna salvación de las almas; dijo después que en el Oratorio había lobos, la-

drones, asesinos, demonios, que habían venido a robarle las almas confiadas a sus cuidados. “¿En qué he ofendido yo a esos tales—prosiguió—, o qué daño les he hecho para que me traten así? ¿No los he amado bastante? ¿No los he considerado como hijos? ¿No les he dado cuanto podía darles? ¿Qué instrucción podrían haber recibido en el mundo, qué manutención y educación hubieran encontrado, ni qué esperanza podían formarse para el porvenir de no haber sido admitidos en el Oratorio?”

Esos desgraciados creen no ser conocidos, pero yo sé quienes son y podría nombrarles en público... Si quisiera podría decir: Eres tú, A. (y pronunció el nombre y apellido de un joven), un lobo que te deslizas entre tus compañeros y los alejas de los superiores poniendo en ridículo sus consejos. Eres tú, B..., un ladrón que con tus conversaciones empañas el candor de la inocencia... Eres tú, C..., un asesino que con ciertos papelitos, ciertos libros, y ciertos escondrijos, arrebatas del lado de María a sus hijos. Eres tú, D..., un demonio que corrompes a los compañeros y los impides con tus burlas que frecuenten los Sacramentos.”

Seis fueron los nombrados. Su voz era reposada y clara. Cada vez que pronunciaba un nombre, se oía un grito sofocado, un sollozo, o un ¡ay!, que resonaba en medio del silencio imponente de sus compañeros aterrorizados. ¡Parecía aquello el juicio Universal!

Cuando hubo terminado de hablar, se retiraron todos conteniendo la respiración. Sólo quedaron sollozando los seis aludidos, apoyados unos contra las pilastras y otros contra la pared. El Santo se detuvo en medio del pórtico, los sacerdotes y los clérigos formaban corrillo a cierta distancia y pudieron contemplar, a los pocos momentos, una escena conmovedora. Aquellos seis desgraciados se le acercaron, unos le tomaron las manos y se las besaron, otros se asieron a sus vestidos. El los miró, mientras unas lágrimas de conmoción corrieron temblorosas por sus mejillas. Nadie hablaba; finalmente, después de decir a cada uno alguna palabra consoladora, subió a su habitación.

Al día siguiente, uno salió del Oratorio, otros, que eran estudiantes, pasaron a la sección de artesanos, y dos de éstos, después de haber sido probados, fueron admitidos de nuevo en sus estudios.

Los que siguieron en el Oratorio mudaron de conducta de tal manera, que emularon a los mejores y se hicieron excelentes cristianos.





IX.—LA ASISTENCIA

CONCEPTO E IMPORTANCIA

Es un elemento eminentemente peculiar del Sistema educativo de don Bosco.

Consiste en la presencia activa del Superior en medio de los alumnos, no como vigilante o policía, sino como padre bondadoso y solícito que nunca deja solos a sus hijos hasta que su libertad está suficientemente educada.

Es tarea que hay que cumplir todos los días, en todo momento y en todo lugar. En las horas de esparcimiento y en las horas de estudio, en la clase o en el taller, en el dormitorio y en la iglesia, de día y de noche, siempre está con los alumnos el asistente salesiano, como amigo, como hermano, como guía que previene, que guarda, que defiende.

En esta atmósfera se desenvuelve el estudio y el trabajo, la ciencia y la virtud. Sin ella no puede haber orden ni verdadera educación.

Don Bosco instuyó muy pronto la perentoria necesidad de este medio cuando en edad temprana, al ver el abandono en que se hallaban sus condiscípulos por parte de los padres, del Estado e incluso de los ministros sagrados, exclamó con decisión : «¡ Quiero ser sacerdote para cuidar de los niños !»

Ya antes, a la edad de cinco años, decía a su madre que iba a propósito con ciertos compañeros para que estuviesen más quietos, fuesen más buenos y no dijiesen ciertas palabrotas.

El recuerdo del gran bien que le había hecho su madre con una asistencia afectuosa y constante, y de la influencia bienhechora que ejercía en medio de sus conciudadanos, con su presencia y

buen ejemplo, contribuyó no poco a que adaptara en su sistema este medio educativo.

Por otra parte, el estudio a fondo del niño le había llevado a la conclusión de que la mayor parte de sus defectos son debidos «a la volubilidad e inconstancia juvenil que en un momento olvida las reglas disciplinarias y los castigos que sancionan su infracción, las cuales evitaría el niño fácilmente si una voz amiga se lo advirtiese a tiempo».

Tiende, pues, con este medio a ahogar el mal en sus comienzos, evitando a tiempo la ocasión, ora suprimiéndola, ora neutralizándola, o poniendo en guardia contra ella.

Evitar una falta es mucho mejor que castigarla, después de cometida. «¿Qué importa—decía el Santo—reprimir los desórdenes después que han ocurrido? ¡ Ya se ha ofendido a Dios !»

No hay cosa que don Bosco con más ahinco recomendará que la asistencia: en los Reglamentos, en las «Buenas Noches», en las conferencias, insiste constantemente sobre su necesidad y la exige en toda su extensión e intensidad sin que admita como pretexto para abandonarla ningún género de dificultades o de sacrificios. Espigamos en el Reglamento escrito por el Santo:

«Los alumnos no han de estar nunca solos. A ser posible, los asistentes han de precederles en los sitios donde tengan que reunirse y estar con ellos hasta que vaya otro a sustituirlos.»

«La asistencia sea activa y prudente, y no se confíe sólo a los hermanos jóvenes, sino también a los sacerdotes y coadjutores.»

«El Director debe vivir consagrado a sus educandos, no aceptar ocupaciones que le alejen de su cargo; más aún: encontrarse siempre que puedan con sus alumnos, a no ser que estén por otros debidamente asistidos.»

La asistencia constituye el verdadero martirio del salesiano, del educador; pero es también la garantía de su éxito excepcional en la educación.

EL ASISTENTE

Es el representante de la autoridad divina y humana en medio de los alumnos. Es un ángel que todo lo ve, todo lo oye y todo

lo observa con diligencia, con naturalidad, sin despertar sospechas ni habladurías ; que advierte los peligros, aparta del mal e insinúa el bien ; que alienta, que defiende, que ilumina, que conduce.

Unas veces se impondrá con firmeza : es el responsable del orden, de la disciplina y de la moralidad. Otras se limitará a estar al lado de sus alumnos señalándoles los peligros, aconsejándoles en sus dudas, dejándoles cierta libertad de acción y respetando las iniciativas personales.

«En la asistencia, pocas palabras y muchos hechos ; se dé facilidad a los alumnos de expresar con toda libertad sus pensamientos ; pero esté atento para rectificar y corregir las expresiones, las palabras y las acciones no conformes con la educación cristiana.» (Reglamento.)

El asistente es necesario en todas partes y cada asistencia tiene características que don Bosco señala cuidadosamente.

Refiriéndose a la manera de asistir a cada clase de alumnos, dice :

«Para los dotados por la Naturaleza del buen carácter, basta una vigilancia general, explicándoles las reglas disciplinares y recomendándoles su observancia.

La categoría mayor es la de aquellos que tienen carácter ordinario, algo voluble o indiferente. Estos necesitan consejos frecuentes, pero breves. Es menester estimularlos con premios al trabajo, y demostrarles gran confianza, sin dejar por ello de vigilarles.

Los que requieren especialísimo cuidado, son los *difíciles y* aun *dísculos*. (Habrán uno por cada quince).

El Superior debe procurar conocerlos bien, informarse de sus antecedentes, mostrarse amigo de ellos, dejándoles hablar mucho y hablando él poco ; expóngales algunas máximas, ejemplos, episodios coreos, etc. ; no los pierda nunca de vista, empero, sin mostrarles desconfianza.»

La acción del educador salesiano debe ser concebida y desarrollada como un contacto de almas. Por eso, entre nosotros, buen asistente es sinónimo de buen educador. Cuesta menos llegar a ser buen profesor que asistente, ya que aquél instruye y educa en la escuela ; éste, en todas partes.

De una manera especial ha de velar por las buenas costumbres. «Vigile atentamente para impedir toda palabra, acción o broma contraria a la decencia.» (Reglamento). Ha de brillar para ello en su persona una aureola de dignidad dulce y serena, de pureza más que humana angélica.

¿Cómo van a conseguir éxitos en la educación aquellos padres y maestros que dejan a sus hijos o alumnos incontrolados tantas horas del día sin percatarse de los peligros que de continuo acechan su candor e inocencia? ¡Alerta con los parientes, con los criados, con los amigos, con las novelas, con los cines, con los teatros, con los baños y con las diversiones de todo género! ¡Cuántos peligros de naufragio para la incauta juventud! Sólo a vuestro lado, sólo con vuestra asistencia asidua, constante, sacrificada y prudente podrá irse desarrollando la semilla de Dios, depositada en el fondo de los corazones.

ALGUNAS DIFICULTADES

Asunto tan importante como éste, no puede menos de tener sus dificultades.

La asistencia en esta forma, dirá alguno, es imposible por parte del educador. ¿Cómo va a estar uno atado de la mañana a la noche, siempre esclavo de los niños, sin gozar un solo momento de libertad?

Téngase en cuenta que la asistencia entre nosotros no se encomienda a uno solo, se reparte entre todos. Ninguno está exento de este deber. Además, los alumnos tienen patios, comedores, dormitorios comunes y un solo maestro puede asistir a muchos a la vez. Por otra parte, se requiere una preparación, una formación y una vocación especiales para entender, aceptar y soportar generosamente la asistencia como la enseñaba y practicaba don Bosco.

Quien por temperamento no pueda amoldarse a la vida de los niños, no podrá ser nunca buen asistente.

Otra dificultad puede formularse en estos términos: la asistencia es insoportable e irritante para los niños; lo que necesitan es libertad, espontaneidad y soltura.

Es cierto que así habrá de suceder si se aplica mal. Recuérdese que hemos dicho que no se trata de una vigilancia policiaca. Asistir

es, sencillamente, vivir con los niños como un padre, un hermano, un amigo. Los mismos niños sienten la necesidad del asistente, no como alguacil, sino como buen organizador de sus juegos, como guía y compañero, etc.

Una tercera objeción algo más especiosa, es ésta: La asistencia continua induce a los niños al fingimiento, a la hipocresía, al oportunismo.

Insistimos en que esto no es propio del Sistema Preventivo salesiano integral, bien asimilado y bien practicado, sino de un sistema averiado que no tiene sus características específicas.

¿Quién ha dejado mayor espontaneidad y libertad al alma del niño que don Bosco? «Divertíos cuanto queráis—solía decirles—con tal de que no cometáis pecados.»

Tampoco la dignidad y la autoridad del educador pierden nada con esta vida íntima entre superiores y alumnos, ya que, según se ha dicho, don Bosco no la cimienta sobre el temor y el hermetismo, sino sobre una base mucho más firme, más segura y más cristiana: el amor.

Se servía incluso de los mismos niños para la asistencia y el apostolado. Era este uno de los fines de las compañías piadosas de San Luis, de San José y de la Inmaculada, establecida en el Oratorio.

Con el mismo fin indicaba a sus alumnos que se escogiesen entre sus mejores compañeros algún «monitor» secreto que les advirtiera los defectos en que incurrían para poderlos corregir a tiempo.

Así procuraba don Bosco, mediante su esfuerzo y el de sus hijos, que el Señor escuchara más complacido de boca de los niños confiados a su celo la sexta petición del Padrenuestro: «no nos dejes caer en la tentación.»





X—LA ALEGRÍA

CARACTERÍSTICAS DE LA ALEGRÍA SALESIANA

«Una de las impresiones que un observador atento y competente se lleva siempre de una visita a una casa salesiana—dice D. Auffray—es la atmósfera de alegría en que parece estar envuelta. Para don Bosco la alegría es factor indispensable de éxito en la educación.»

Siendo aún joven seminarista, fundó con algunos de sus amigos la Sociedad de la Alegría, y era siempre el alma de todas las diversiones.

Una de las frases que más a menudo tenía en sus labios era esta: «Vamos, está alegre.» «Y al punto se disipaba la tristeza—dice el canónigo Ballesio—; aquel joven que poco antes se presentaba triste y taciturno se volvía radiante de alegría, y con el semblante iluminado de gozo, corría ligero a cumplir sus deberes. Este admirable influjo hacía nuestra vida, aunque escasa de comodidades materiales, alegre, movida, entusiasta, y, para casi todos, de una dulzura inefable.»

No le gustaban los juegos que requieren mucho trabajo mental; prohibía en los recreos ordinarios el juego de cartas, el de clamas y el de ajedrez. «La mente—decía—necesita reposo.» No quería bancos ni sillas en el patio; le placían grandemente recreos bulliciosos y animados, en los cuales los jóvenes enriquecen la sangre con provecho del alma y del cuerpo, y no les señalaba otros límites que los de la higiene y la decencia.

«En los patios salesianos—escribe D. Auffray—todo es alegría y expansión, el juego anima con ardor a toda una ardiente juventud. Nada de grupos aislados nada de conversaciones sospe-

chosas en los rincones, nada de huidas furtivas por corredores o escaleras oscuras. Pero sí gritos, cantos, risas, que hasta mortifican los tímpanos. Los superiores toman parte en los juegos organizados y ponen en esta tarea inusitado interés. Aquellos cuyas piernas ya no tienen la soltura de la juventud y del entrenamiento cotidiano, animan con su presencia o con sus aplausos los éxitos del juego, o pasean con los alumnos a quienes un motivo justificado aparta del mismo.

Todo el mundo está en el patio : padres e hijos están mezclados en la más encantadora de las bataholas, la franqueza brilla en las miradas, las frentes están despejadas, los corazones a flor de labio... Es la familia con su encanto, su cordialidad, su confiado abandono, su divina dulzura..)

A las diversiones ordinarias asociaba don Bosco otras extraordinarias, como eran, por ejemplo, las excursiones y paseos hechos, preferentemente, a pie, y que duraban a veces varios días.

Además, en las casas salesianas se fomentan regularmente las lecciones y ensayos musicales, de gimnasia y de declamación, con el fin de adiestrar a los alumnos y hacerles más atractiva la vida del colegio.

«Puede afirmarse que don Bosco derramó la alegría en grandes dosis por todas partes ; empapó, por así decirlo, en ella las actividades todas que constituyen la vida de un colegio : el teatro, el recreo, el estudio, la clase e incluso la capilla.» (D. Auffray.)

La alegría es un auxiliar y un aliado de primer orden para el educador y sumamente ventajoso para el alumno. En este ambiente la vida física, intelectual y moral se desarrollan con normalidad, con soltura, con elegancia, deliciosamente.

«Si el niño se forma una idea triste y sombría de la virtud—dice Fenelón—, si la libertad y desarreglo se le presentan bajo una figura agradable, todo está perdido.» «Háblales sobre la hermosura de la virtud y sobre la fealdad del vicio»—le dijo a don Bosco aquel Personaje misterioso que se le apareció en su primer sueño— ; y él empleó toda su vida en hacerles comprender «cuán dulce y cuán suave es servir al Señor.»

Es preciso que el niño haya aprendido, en hora temprana, que la virtud es encantadora, que encierra intensas alegrías, que la Religión jamás fué amiga de la tristeza, antes bendice y alienta

toda sana alegría que nos ofrece como el más dulce de los dones de Dios, después del amor.

Además, el ambiente de alegría—como escribe el tantas veces citado D. Auffray—ata para siempre, con un afecto poderoso y dulce, las almas de los educandos a sus educadores. No es para ellos el colegio el lugar donde uno ha pasado, triste y melancólicamente, los más bellos años de su juventud, ni el edificio contra el cual se alzan los puños en ademán de despecho inconsolable. Por el contrario, el colegio será la dorada mansión donde la vida transcurrió en un sueño, sucediéndose una tras otra las emociones, todas puras, todas placenteras ; donde, casi sin advertirlo, aprendimos, para toda la vida, los principios de honradez que hacen obrar rectamente ; donde fuimos amados como tal vez jamás lo seremos en la vida ; donde a cada vuelta del corredor, en cada rincón de la capilla, del estudio, surgen, para acogernos, todos los recuerdos del pasado y los rostros más queridos. ¡ Oh, amadas figuras de antiguos maestros ! Tienen la misma sonrisa de antaño, los cabellos encanecieron, el rostro se llenó de arrugas ; pero la llama sagrada arde siempre en el fondo de los corazones. ¡ Qué alegría para ellos volver a encontrar en cualquier estado en que se hallen, hijos fieles o hijos pródigos arrepentidos, a esos niños de antaño convertidos en hombres.

Con ellos, en voz alta, rememoran el pasado ; con ellos, en voz sumisa, destilan bálsamo de palabras divinas que llegan hasta las profundidades del alma.

¡ Bendita sea la educación que sin esfuerzo consigue hacer volver al hombre formado a la pureza de la fuente primera, y sumergirlo de nuevo en ella a fin de reconfortarle para las luchas de la existencia, las tentaciones de la vida, los deberes austeros !

FRUTO UBÉRRIMO : LA CONFIANZA

Otro efecto sumamente importante de la alegría cuando se cultiva en la forma antes indicada, es el dilatar el alma del niño, abrir su corazón, despertar y mantener su confianza.

Ahora bien ; la confianza lo es todo en la educación. Si el niño no entrega su corazón no puede construirse nada sólido ni duradero. Todo lo demás va encaminado a este objeto principal : ganar

el corazón del niño. «Sin amor—repetía sin cesar don Bosco—no hay confianza, y sin confianza no hay educación.»

El concebía la educación como efecto de un intercambio de ideas y sentimientos en la intimidad del amor y de la confianza.

En 1858, cuando por primera vez fué a Roma, el Cardenal Tosti le invitó a dirigir algunas palabras a los jóvenes del hospicio de San Miguel, y tratando con su Eminencia sobre el mejor sistema para educar a la juventud, expúsole con toda franqueza que le disgustaba el sistema represivo empleado en aquel Instituto, y terminó así: “Es imposible educar a los jóvenes si estos no tienen confianza con los superiores.”

Esta confianza la pedía a sus hijos y la enseñaba a sus discípulos ; pero, sobre todo, él la merecía de unos y de otros.

Una persona de nombradía en Turín decía así hablando del humilde sacerdote de Valdocco : «Hay en el número 32 de la calle Cottolengo lo que no se halla en ninguna parte, ni aun en las comunidades religiosas : un aposento de donde sale radiante de alegría el niño o el joven que entró oprimido por la pena o el disgusto : es el aposento de don Bosco.»

Conquistada la confianza del alumno con suma delicadeza, mansedumbre y paciencia, lo elevaba suavemente, sin choques ni sacudidas, hacia el orden sobrenatural.

A veces escribía a cada uno de los jóvenes un billetito que contenía, según la oportunidad, un aviso, una admonición o una frase alentadora, y les invitaba a escribirle sus buenos propósitos confidencialmente. Don Bosco conservaba con gran cuidado lo más importante como resortes poderosísimos para el porvenir.

¡ Cuántos antiguos alumnos que ya llevaban mucho tiempo fuera del colegio, engolfados en los negocios, en la disipación y aun en una vida poco conforme con los principios recibidos, cuando menos se lo esperaban recibieron por correo aquel billete tan elocuente, recuerdo de los años de la gracia, estímulo para volver al buen camino !

«Para lograr la confianza es preciso que no haya obstáculos entre alumnos y maestros, ninguna ley los aleje mutuamente, ni castigos colectivos, ni humillaciones públicas. En cambio, debe haber mucha compenetración de corazones ; espíritu de familia, delicadeza en la manera de tratar, bondad siempre solícita y comprensiva para con las debilidades o descuidos ; misericordia que

no lo castiga todo y sabe perdonar fácilmente; interés por la salud de los alumnos, por sus padres, por sus necesidades, por sus penas y alegrías; vigilancia paterna que protege ya de la piedra de escándalo, ya de la inclemencia del tiempo; dulzura que sabe conservar la calma y la sonrisa bondadosa en medio de las mayores contrariedades; condescendencia que rinde al hombrecillo de diez años honores de gran personaje.»

¡Qué bien aclara estas ideas una carta escrita por el Santo desde Roma el 10 de mayo de 1884 y dirigida a los Salesianos del Oratorio!

En la carta refiere un sueño, llamémosle así, en el cual contempló dos escenas: el Oratorio de los primeros tiempos, con los alumnos de entonces en animado recreo, y el Oratorio de 1884, donde "no veía ya aquel movimiento y aquella vida de la primera visión". Mientras contemplaba el primer cuadro, el guía le dijo: "La familiaridad lleva al amor y el amor a la confianza; entonces se abren los corazones, los jóvenes cuentan sin temor todas sus cosas a los maestros, asistentes y superiores; son claros en la confesión y fuera de ella, y se prestan dócilmente a todo lo que se les manda."

Después de mostrarle la tristeza y el aburrimiento del segundo cuadro, le decía: "De aquí, de la desgana en el recreo, proviene la frialdad en las prácticas de piedad y en acercarse a los Santos Sacramentos, el no encontrarse bien en el lugar donde la Divina Providencia los colma de toda clase de bienes para el cuerpo, para el corazón y para la inteligencia. De aquí la falta de correspondencia a la vocación, la ingratitud para con los superiores, los secretos, el mal humor, y las murmuraciones con todas sus deplorables consecuencias."

"La causa del triste cambio que se ha realizado en el Oratorio—prosiguió diciendo el guía—, está en que cierto número de jóvenes no tienen confianza ya con los superiores. Antes, todos los corazones estaban abiertos a ellos, a quienes los jóvenes amaban y obedecían prontamente; hoy en cambio, se considera a los superiores como a tales y no como a padres, hermanos o amigos; por eso son temidos, pero poco amados. Es preciso romper esa fatal barrera de la desconfianza y sustituirla por una confianza cordial. Sólo entonces renacerá en el Oratorio la antigua paz y alegría."

"Si se quiere—insiste don Bosco—que en el Oratorio vuelva a reinar aquella felicidad de otro tiempo, vuélvase a poner en práctica con todo su vigor el sistema de antes; que el superior sea todo para todos; esté siempre pronto a aclarar las dudas y atender las quejas de los jóvenes; que sea todo ojos para vigilar su conducta con amor paternal, todo corazón para procurar el bien espiritual y temporal de cuantos la Divina Providencia le ha confiado. Entonces se abrirán los corazones y no se ocultarán ciertos secretos pérfidos que matan."



XI.—LA DISCIPLINA

BASE Y FUNDAMENTO DE LA DISCIPLINA CRISTIANA

El Sistema Preventivo encauza sus mejores esfuerzos a la formación de la voluntad y del carácter. Lo cual no puede lograrse sino en un ambiente de orden y de disciplina. Es indispensable que la voluntad del discípulo se amolde a la voluntad del educador.

Don Bosco exigía una disciplina exacta, aunque no detallista en exceso ; respetada por el alumno, no idolatrada por el maestro ; familiar y suave, firme y entera. Evitaba el tono autoritario ; pero cuando era preciso sabía ser intransigente. Huía de la dureza despótica lo mismo que de la ternura afeminada. Quería una obediencia pronta, respetuosa y alegre en todo momento.

«El fundamento de las virtudes de un joven—escribe el Santo—es la obediencia a sus superiores... Si queréis, pues, adquirir todas las virtudes, empezad por la obediencia a vuestros superiores, sometiendoos a ellos sin ningún género de oposición, como si os sometierais al Dios mismo.»

Cimentaba la autoridad sobre la razón, sobre la fe y sobre el amor.

De la fuerza de la razón hemos hablado ya. La Fe hace ver, personificada en el maestro, la autoridad de Dios ; reviste al educador a los ojos de sus alumnos de un carácter sagrado. Eleva los motivos de la obediencia, que deja de obrar por el castigo, o por el premio material, o por agradar a los hombres, y busca sólo servir a Jesucristo, cumplir la voluntad divina. Entonces la obediencia es filial y amorosa, pronta, alegre y completa, conforme a la de Nuestro Divino Redentor, que hasta el último ins-

tante de su vida se empleó en lo que era del agrado de su Padre Celestial.

Es cierto, hemos de confesarlo, que en los comienzos de la labor pedagógica no siempre se logra alcanzar este ideal. Se tropieza con niños distraídos y atolondrados, unos ; víctimas prematuras del pecado, otros ; con espíritus falseados que no disciernen convenientemente el bien y el mal y los confunden. Los tales, no siempre escuchan la voz de la razón. Y, por otra parte, ¿cómo servirse de los principios de la Fe para dominar a pobres niños que no tienen de ellos la más rudimentaria noción? Abrirán desmesuradamente los ojos, no os entenderán y seguirán obrando a su antojo.

¿Qué haréis entonces? ¿En nombre de quién les mandaréis? Don Bosco mandaba en nombre del amor. Su autoridad era la autoridad del amor avalada con su prestigio, con su ciencia y su virtud ; la autoridad del educador a quien el alumno no quiere desagradar, y la del padre que tiene en sus manos el corazón de sus hijos. Su tono no era el del legislador que manda y prohíbe, sino el del maestro que enseña.

La educación que toma como punto de apoyo el corazón del niño llega a mover las voluntades más resistentes. ¡ Es tan agradable para los niños, tan dulce (y a veces tan nuevo), el sentirse amados de este modo !

Los éxitos rotundos conseguidos por San Juan Bosco nos advierten que el corazón del niño encierra reservas insospechadas de sentimiento y de amor, que, si se encauzan convenientemente, son un poderoso auxiliar de la educación.

Lo importante es que el educador no emplee esos tiernos afectos para alimentar imprudentemente su vanidad ni para nutrir con ese ingenuo amor del niño su propia sensibilidad o detenerse en esa común ternura, como si ahí estuviese el objetivo de la educación, sino para empuñar el timón de esa alma cristiana, dirigirla con la fuerte autoridad del amor y llevarla suavemente, sin choques ni estridencias, hacia el mundo sobrenatural. Se equivocaría quien creyese que el Sistema Preventivo es todo suavidad y dulzura en detrimento de la formación austera y viril. Nada le es tan opuesto como la ternura afeminada y sensual, con frecuencia más perniciosa que los mismos excesos de severidad.

No consiste en tratar a los alumnos lo más plácidamente posible, comprando su favor y su cariño poco menos que al precio de transigir con sus caprichos o de contemporizar cobardemente con sus pasioncillas, sino en obtener el cumplimiento del deber y hasta el heroísmo de la virtud con los medios más razonables, más caritativos y más delicados. Empero, antes de la poltronería, madre de todos los vicios y de todas las corrupciones, el castigo severo ; antes que el desorden habitual, el empleo de todos los medios disciplinares ; antes que el escándalo colectivo, la separación del culpable.

Claro está que aun en estos casos, se valía de mil industrias para prevenir y evitar tales situaciones, y si se veía obligado a obrar con energía, sabía hacerlo también con los debidos miramientos y con gran prudencia y candad.

DEFENSA DE LA AUTORIDAD

Otro escollo muy frecuente de la autoridad es el no ser defendida y respetada solidariamente por todos aquellos que intervienen en la educación.

El niño es una caja de resonancia de lo que piensan, dicen y hacen los que están a su alrededor. Hablará bien de sus maestros si hablan así las personas autorizadas que viven dentro de su ambiente ; respetará la autoridad si la ve respetada ; obedecerá si advierte que también sus inmediatos superiores la respetan, que saben renunciar a sus criterios personales, a sus maneras de ver y que se someten voluntaria y noblemente a la obediencia, al Reglamento y a la Ley de Dios.

Los maestros y asistentes han de sostener a todo trance la autoridad de los superiores, si quieren que la suya sea reconocida por los alumnos.

Exigida en esta forma la obediencia, y aplicada de este modo la autoridad, no se obtienen, es cierto, éxitos rápidos y espectaculares ; pero se llega hasta el fondo del alma y permiten al educador realizar su obra formativa.

Y así, poco a poco, con tiempo y paciencia, con mucha solicitud y constancia, esa tierna plantecita va creciendo y desarro-

llándose, e, iluminada con el sol de la gracia, no tardará en florecer y dar frutos sazonados.

LA LIBERTAD

En la educación no interviene sólo la gracia de Dios con la labor inteligente y cariñosa del maestro, sino que juega un papel de capital importancia el esfuerzo personal del alumno, su cooperación a la gracia y a las tareas del educador.

Es, pues, necesario educar al niño con cierta libertad : que su desarrollo sea espontáneo, que no se sofoque su originalidad, sino que se fomente ; que no se compriman sus energías, sino que se las encauce. En una palabra : que se conduzca el educador al estilo de las trazas con que Dios gobierna el mundo, con esa paciencia, con esa sabiduría, con esa bondad, con esa vigilancia todos los instantes y con ese arte exquisito de esperar la ocasión, que libremente somete nuestras voluntades a los planes de su Divina Providencia.

Ambos escollos, el excesivo rigor y la extrema libertad, son igualmente temibles.

Don Bosco no temió contar con la espontaneidad del niño y con la personalidad del cristiano en ciernes, con las fuerzas vivas de su ardiente naturaleza ; empero, su prestigio y su autoridad rayaron siempre muy alto. Supo proporcionar, y con abundancia, al educando las expansiones necesarias, pero exigió en todo instante el cumplimiento exacto, aunque siempre de un modo racional y, sobre todo, paternal.

Quería, en efecto, que toda orden dada tuviera su justificación ; que se hiciera comprender al niño la necesidad del orden y del silencio, y la excelencia e importancia de las reglas, para que se sometiera, no por fuerza, sino libremente y de buen grado, como homenaje a un orden de cosas comprendido y amado.

Por otra parte, deseoso de conocer a fondo el corazón de sus hijos, una vez conseguida aquella regularidad y disciplina que exige una casa de educación, dejaba a sus niños en plena libertad de correr, saltar y hacer ruido, de conversar entre sí y con sus superiores, de presentar diáfano a la luz del día, sin temor a burlas o castigos, el fondo de su propio corazón.

Don Bosco se ingeniaba también para proporcionarle múltiples ocasiones en que pudiera ejercitar su libertad, de tomar iniciativas, asumir responsabilidades, etc. Para ello les daba encargos particulares, les pedía un servicio especial, les confiaba un asunto difícil.

El teatro, la música, la gimnasia, los paseos, los juegos, las fiestas, las formas todas de la alegría, en todo lo cual, los niños, más que simples espectadores, eran actores, y a veces, inventores, le ofrecían un campo muy vasto para dicho objeto.

Aun iba más lejos : convertía a sus mejores alumnos en colaboradores suyos, en asistentes, profesores, directores de escena, maestros de taller y, sobre todo, en monitores, apóstoles y ángeles custodios de los compañeros menos dóciles y más traviesos. Así los iba acostumbrando también a soportar con virilidad, nobleza y espíritu de sacrificio los cargos de autoridad.

Era don Bosco tan amante de la verdadera libertad de los hijos de Dios, que, para educarla y sostenerla, realizaba los más heroicos sacrificios. Incluso sus reglas, sus preceptos, sus determinaciones y mandatos rara vez se presentan en tono severo y tajante, sino en forma de apremios cariñosos, de consejos, de ruegos, de observaciones y avisos paternos, dejando siempre margen a la voluntad para determinarse libremente sin sombra de presión alguna.

No se sirve de hormas ni de moldes para forjar el carácter y la santidad de sus hijos. Su papel se reduce a descubrir cuantos tesoros de naturaleza y de gracia encierra cada uno de sus educandos, para velarlos sin cesar, cultivarlos con esmero y solicitud paternos, según el temperamento de cada uno y los impulsos de la gracia ; en vigilar las inclinaciones que van brotando de la naturaleza caída y del ambiente viciado, para arrancarlas o ahogarlas antes de que lleguen a arraigar.

Es un instrumento fiel al servicio de Dios y de los jóvenes, según las circunstancias lo requieran.

Reconoce que el niño es un ser inteligente y libre, que tiene modalidades individuales que le caracterizan tanto física como moralmente : que no puede imponerse a todos de un modo absoluto y totalitario la misma forma de vida y la misma instrucción ; que precisa buscar y estimular la colaboración constante del alumno,

respetando sus iniciativas y dejándole llegar libremente a ciertas aplicaciones y conclusiones prácticas que son de su mayor agrado.

«Son patentes los felices resultados de tal educación—concluye don Auffray—. Ella logra revelar al maestro el carácter del niño para que pueda regular y desarrollar con toda prudencia las energías ocultas. Los niños se clasifican con bastante facilidad en vivarachos y tímidos ; en la vieja disciplina, los unos se volvían generosamente revoltosos y los otros ineptos. La nueva educación previene ese doble fracaso encauzando el exceso de vida de unos y revelando las energías latentes de los otros. Se les podrá luego hacer a estos jóvenes reproches legítimos, pero jamás se les podrá acusar de falta de iniciativa, de empuje, de entusiasmo, de espíritu inventivo y audaz.»

En fin, este método de educación que siempre se preocupa por la hora en que la planta saldrá del invernadero, trabaja para la vida y no solamente para el éxito fugaz del momento presente. Los malos vientos, las tormentas, las intemperies, podrán desencadenarse, pero la planta tendrá fuerzas para resistir, porque tiene muy hondas raíces.





XII.—PREMIOS Y CASTIGOS

NORMA FUNDAMENTAL

El premio y el castigo son medios externos de que se sirve el maestro para educar la voluntad del alumno.

El abuso, tanto del uno como del otro, acarrear fatales consecuencias.

El premio debe despertar la emulación y no la vanagloria.

Las buenas notas, los puntos de aplicación, el cuadro de honor, el ejercer determinados cargos entre los condiscípulos, las alabanzas prudentes, etc., son, bien empleados, excelentes premios.

El maestro entusiasta y celoso sabe hacer pasar como premio las cosas más insignificantes.

La satisfacción de la conciencia después del deber cumplido es el premio que más consuela y anima, y también el que don Bosco cuidaba de hacer saborear con mayor fruición a sus alumnos. Con todo, empleaba los otros premios y los anunciaba con mucha antelación para sacar de ellos los resultados más positivos.

Respecto a los castigos, escribe el Santo en el artículo quinto del Sistema Preventivo : «Cuando sea posible, no se castigue nunca. Hace más de cuarenta años que trato con niños, y jamás les he impuesto castigos de ninguna clase. Ayudado por Dios, he conseguido no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba, tanto los buenos como los que parecían reacios a la educación.»

El era un santo, y no todos disponen de este prestigio y de esta rara ciencia de educador excepcional.

Hay que reconocer, sin embargo, que la gran mayoría de los educadores no podrán prescindir siempre de los castigos. No debemos dejar a la naturaleza viciada que siga en sus descarríos; si se aparta del recto sendero habrá que encauzarla de nuevo, hacer que se amolde al orden, a la disciplina, a la obediencia. El Sistema Preventivo no excluye absolutamente el castigo, sino que tiende a hacerlo innecesario, a evitarlo lo más posible, y, como dice don Bosco, «si se practica bien el Sistema Preventivo, se obtendrán maravillosos resultados sin necesidad de acudir al palo ni a otros castigos violentos.»

MODO DE APLICAR EL CASTIGO

En el caso extremo de tener que castigar, don Bosco hace las siguientes recomendaciones a fin de que no se endurezca el corazón del niño, ni se cierre a la obra positiva de la educación:

1.º «Procure el educador que los alumnos le amen si quiere que le teman. En este caso, la falta de cariño es un castigo que excita la emulación, alienta y jamás envilece.»

Un rostro severo, una palabra fría o indiferente, unos ojos que se desvían, una mano que se retira, son, a veces, más que suficientes para castigar a los niños, si es que el educador ha conseguido de antemano, por su abnegación, hacerse amar de ellos.

En cierta ocasión, después de las oraciones de la noche, los alumnos, inquietos por la disipación de las vacaciones, no guardaban silencio como debían. Don Bosco subió a la tribuna, y después de haber esperado un poco, exclamó con calma: «¿Sabéis que no estoy contento de vosotros?» Y los envió a dormir sin permitir que le besasen la mano. Este fué el mayor castigo que pudo imponer a sus hijos, y no fué necesario repetirlo. Desde aquel día, resultó innecesaria la campanilla para obtener orden, pues los niños temblaban a la sola idea de que se renovase el castigo.

«Para los jóvenes—decía él—es castigo lo que se hace pasar por tal. Una mirada no cariñosa produce en algunos más efecto que un bofetón. Una palabra de alabanza al que la merece, una palabra de censura a quien dejó de cumplir con su deber, constituyen a menudo una verdadera recompensa o un doloroso castigo.»

2.º «El pegar poco o mucho, poner de rodillas en posición dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes, se deben absolutamente evitar, porque están prohibidos por las leyes civi-

les, irritan mucho a los jóvenes y rebajan la dignidad del educador. Excepcionados poquísimos casos, no se corrija jamás en público, sino en privado, lejos de los compañeros.»

Excluye, pues, todo castigo violento, irritante, que humille delante de los demás, que hiera los vivos sentimientos del alma, y acumule por años enteros rencores insondables, inutilizando así todo el trabajo educativo.

«No debe tolerarse la inmoralidad, la blasfemia ni el humo —repetía a menudo—; pero cuando se trata de faltas leves hay que considerar el poco juicio de la niñez. Ved cómo el Señor nos tolera; si el Señor nos castigare por cualquier falta, seríamos muy desgraciados. No seáis fáciles en castigar ni castigéis simples faltas de advertencia.»

Aun en los casos de expulsión de niños obstinados en ser escándalo para los demás, o culpables de indisciplina notoria o de pereza habitual, quería que se guardaran las debidas atenciones. Los superiores se ingeniarán en hacer surgir un pretexto natural (aprovechando las vacaciones o la llegada de un pariente) y alejarán al niño peligroso, dejando a salvo su honor. Y en el umbral de la casa, el último apretón de manos del maestro será aún afectuoso, como diciendo: —Hijo, no puedo tenerte por más tiempo, echarías a perder a mis corderillos; pero aquí dejas a un padre, a un hermano, a un amigo. Recuérdalo y vuélvete a arrojar sobre mi corazón en las horas tristes de la vida. (Auffray).

3.º «Antes de imponer un castigo cualquiera, es preciso examinar el grado de culpabilidad del alumno; y si basta la admonición, no debe llegarse a la reprensión, y si ésta es suficiente, no hay que pasar más adelante.»

¡He aquí una regla de oro! El castigo ha de ser razonado y razonable, proporcionado a la culpabilidad de cada alumno. Nada de tarifas uniformes que frente al delito marcan la pena para infligirla fatalmente.

Suponed que dos niños han cometido la misma falta: el uno es reincidente, ha sido advertido ya vanas veces; además, se observa en él cierta malicia, las malas inclinaciones consentidas y acariciadas han abierto ya en su alma un surco difícil de cerrar; el otro, en cambio, es bueno y dócil; aunque vivaracho, jamás tuvo ante sus ojos más que ejemplos de virtud, su corazón se abre.

generosamente a las insinuaciones del bien..., ¿mediréis a ambos con el mismo rasero?, ¿les impondréis el mismo castigo?...

Cuando se produce un desorden, no se den castigos colectivos. Si bien se examina, los verdaderos culpables son pocos.

«No se debe castigar nunca—insistía el Santo—cuando el ánimo está agitado, sino cuando se ha depuesto la ira; y úsese de la mayor prudencia y de la mayor paciencia para hacer comprender al culpable su falta, valiéndose de la razón y de la Religión.»

MEDIOS PARA PREVENIRLO

Si se da importancia suma a las sanciones morales, a las notas de conducta (que deben ir acompañadas de avisos y reflexiones apropiadas), a los exámenes; si la cooperación de la familia es efectiva y la solicitud del maestro constante, se llega casi a evitar todo castigo.

Ayudará también a ello el ahorrar preceptos y prohibiciones, el pasar por alto muchas pequeñeces hijas de la ligereza infantil, el tener a los alumnos siempre ocupados. El aburrimiento origina la mayor parte de las faltas de los alumnos. Invíteseles a jugar en el recreo y cuídese de que estén bien ocupados en la clase, en el estudio y, en general, en todos los sitios y en todas las horas. Procúrese, además, que estas ocupaciones sean útiles, agradables, o al menos, llevaderas.

Las disposiciones de ánimo del alumno, que con frecuencia dependen de la habilidad del maestro, han de tenerse también muy en cuenta para la disminución o supresión de los castigos.

«Cuando un niño se muestre arrepentido de la falta cometida—escribe don Bosco—, perdonadle fácilmente, sobre todo, si se trata de una ofensa personal. Lo importante es que el alumno reconozca su culpa. Si queréis obtener mucho de vuestros alumnos, DO os mostréis ofendidos nunca contra ninguno. Tolerad sus defectos; corregidlos, sí, pero dad a entender que los olvidáis.»

En muchos casos, para un maestro que cree, la oración es más eficaz que un aviso, que un reproche y que un castigo.

Por esto el Santo recomendaba a los maestros que rezaran por sus alumnos, y si alguno de aquéllos se quejaba de ser poco

correspondido por sus discípulos, mirándole con paternal bondad le preguntaba: —Pero, ¿rezas por tus alumnos?

UN EJEMPLC

El ideal del educador en este punto sería alcanzar lo que logró «mamá Margarita» de su hijito.

"Contaba Juan apenas ocho años—escribe el insigne biógrafo del Santo, don Lemoyne—, cuando un día, mientras su madre se hallaba en un pueblo cercano para ciertos asuntos, tuvo la idea de alcanzar un objeto colgado en un sitio alto. Como no llegara a él, subió sobre una silla y tropezó con una botella llena de aceite. La botella cayó y se rompió. Confuso el pequeño, trató de remediar el percance del mejor modo, pero convencido de que no podía ocultar a su madre lo ocurrido, intentó aminorar lo más posible el disgusto. Cortó del seto una vara larga, la limpió muy bien y la adornó con dibujitos; después, cuando llegó la hora en que sabía que la madre iba a estar de vuelta, corrió a su encuentro al fondo del valle, y apenas la tuvo cerca, preguntóle:

—¿Qué tal, mamá? ¿Cómo está usted? ¿Ha dado un buen paseo?

—Sí, querido Juan. Y tú, ¿cómo te encuentras?, ¿estás contento?, ¿has sido bueno?

— ¡ Ah, mamá, mire usted!

Y le enseñó la vara.

— ¡ Ya me habrás hecho alguna de las tuyas!

—Sí; esta vez merezco de veras que me castigue.

—¿Qué te ha sucedido?

— ¡ Desgraciadamente, he roto la botella del aceite!

Y después de haber referido lo sucedido, añadió:

—Como sé que merezco castigo, le he traído la vara para que la estrene usted en mis costillas, sin que se moleste en ir por ella.

Y le alargó la vara mirando a su madre con aire entre tímido y placentero. Margarita observó durante unos momentos a su hijo, y, por fin, riéndose de aquella astucia infantil, le dijo.

—Mucho me desagrada lo ocurrido, pero puesto que ése tu modo de obrar me prueba tu inocencia, te perdono. Mas acuérdate siempre de este consejo: Antes de hacer una cosa, piensa bien en sus consecuencias. ¿No sabes que quien de joven es atolondrado y de hombre continúa siendo irreflexivo, se ocasionará muchos disgustos y quizá llegará a ofender a Dios? ¡ Sé, pues, juicioso!

ocupaciones, ya que, en su constante manera de obrar, no buscaba otra cosa sino la realización perfecta de la voluntad divina.» (Ceria.)

«Procuremos, pues—dice don Albera—, que nuestra actuación en la obra educativa sea eminentemente sobrenatural, como lo fue la de don Bosco, y encontraremos entonces el Sistema Preventivo sumamente fácil y fructífero aun en sus más pequeños detalles.»

Nadie da lo que no tiene. En vano pretenderemos educar a los niños si nuestra formación es incompleta, ni conseguiremos encauzarlos hacia la perfección si carecemos de ella.

Los hijos son hechura de sus padres, y los alumnos lo son de sus maestros.

El niño reproduce como una máquina fotográfica cuanto ve y cuanto oye. Por lo mismo, la vida del educador ha de ser un libro abierto donde el alumno pueda aprender las más excelentes virtudes. «Que vuestro ejemplo resplandezca delante de los hombres—dice el Señor—para que vean vuestras obras e, imitándolas, glorifiquen al Padre que está en los Cielos.»

El 15 de mayo de 1942, en una reunión solemne organizada para conmemorar la figura del excelso misionero salesiano Cardenal Cagliero, el Emmo. Cardenal Carlos Salotti, después de narrar las proezas y heroísmos del ilustre hijo de don Bosco, habló así: «¿Quién formó a este hombre y le hizo adalid de la Fe y de la civilización? Debo pronunciar su nombre y quisiera pronunciarlo de rodillas; su nombre, que está en los labios y en el corazón de todos; un nombre que más allá de las fronteras está escrito con caracteres de oro en los fastos de las naciones civilizadas; un nombre que hace estremecer de entusiasmo a las juventudes de todos los continentes; un nombre que es para la Humanidad, para la civilización y para la Iglesia, triunfal bandera de renacimiento espiritual y de audaces conquistas: este nombre es el nombre de San Juan Bosco.»

Si queréis que vuestros hijos, que vuestros alumnos pronuncien vuestro nombre, no sólo con respeto, sino de rodillas, como se pronuncia el nombre de don Bosco, imitad sus heroicas virtudes. No creáis que con el simple hecho de usar su sistema pedagógico vais a conseguir idénticos resultados. Puede ser en vosotros

muy humano lo que en él fué muy divino. Supo divinizar la pedagogía porque primero se divinizó a sí mismo ; supo hacer florecer una admirable escuela de perfección y santidad, porque primero se perfeccionó y santificó a sí mismo.

Adoptemos, no sólo la forma, sino también el fondo de su Sistema Preventivo ; divinicemos nuestra vida ; sobrenaturalicemos nuestros actos, y, de esta manera, con la gracia de Dios y el esfuerzo personal, lograremos formar el carácter de nuestras juventudes, preparándolas para las luchas del espíritu con una sólida garantía de seguridad y de triunfo.



APENDICE

EL SISTEMA PREVENTIVO
EN LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

El Sistema Preventivo es
la «Charta Magna» de la
Congregación Salesiana.

PABLO ALBERA
(II Sucesor de D. Bosco)

INTRODUCCION

Muchas veces se me ha pedido expongá, de palabra o por escrito, algunos pensamientos sobre el llamado *Sistema Preventivo*, practicado en nuestras Casas. Por falta de tiempo no he podido hasta ahora satisfacer Itales deseos; mas, disponiéndome en la actualidad a imprimir el Reglamento, usado hasta el presente casi por tradición, estimo oportuno dar aquí una idea que será como el índice de una obrilla que publicaré, si Dios me da vida y salud para terminarla. Hago esto movido únicamente por el deseo de aportar mi granito de arena al difícil arte de educar a la juventud.

Diré pues :

- 1.º *En qué consiste el Sistema Preventivo.*
- 2.º *Por qué debe preferirse.*
- 3.º *Su aplicación práctica.*
- 4.º *Sus ventajas.*
- 5.º *Una palabra sobre los castigos.*
- 6.º *Más recomendaciones.*

I

EN QUE CONSISTE EL SISTEMA PREVENTIVO

1.º Dos *sistemas se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud*: el Preventivo y el Represivo. *El Represivo consiste* en dar a conocer las leyes a los subditos, y vigilar después para conocer a los transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el correspondiente castigo. Basándose en este sistema, la palabra y la mirada del Superior deben ser en todo momento más que severas, amenazadoras. El mismo Superior debe evitar toda familiaridad con los subordinados.

El Director, para aumentar su autoridad, debe dejarse ver raras veces de los que de él dependen, y, por lo general, sólo cuando se trate de imponer castigos o de amenazar.

Este sistema es fácil, poco trabajoso y sirve principalmente para el ejercicio, y, en general, para los adultos juiciosos, en condición de saber y recordar las leyes y prescripciones.

2.º *Diverso y, casi diré, opuesto, es el Sistema Preventivo. Consiste* en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un Colegio y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo del Director o de los Asistentes, los cuales hablan como padres amorosos, sirven de guía en toda circunstancia y corrigen con amabilidad; que es como decir: consiste en poner a los niños en la imposibilidad de faltar.

3.º *Este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en el amor*: excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aun los suaves.

II

POR QUE DEBE PREFERIRSE

El Sistema Preventivo parece preferible por las razones siguientes:

1.º *El alumno preventivamente avisado* no queda envilecido por la falta cometida, como acaece cuando se la refieren al Superior. No se enfada por la corrección que le hacen ni por el castigo con que le amenazan, o que tal vez le imponen, porque éste va siempre acompañado de un aviso amistoso y preventivo, que lo hace razonable, y termina, ordinariamente, por ganarle de tal manera el corazón, que comprende la necesidad del castigo y casi lo desea.

2.º *La razón más esencial es la ligereza infantil*, por lo cual fácilmente se olvidan los niños de las reglas disciplinarias y de los castigos con que van sancionadas. A esta ligereza se debe sea, a menudo, culpable el jovencito de una falta y merecedor de un castigo, sin haberse recordado de nada al cometerla, y ciertamente no la habría cometido, si una voz amiga se lo hubiese advertido.

3.º *El Sistema Represivo puede impedir un desorden*, mas con dificultad hacer mejores a los que delinquen.

Se ha observado que los alumnos no se olvidan de los castigos que se les han dado; y que, por lo general, conservan rencor, acompañado del deseo de sacudir el yugo de la autoridad y aun de tomar venganza.

A primera vista puede parecemos no ser así; mas quien sigue los pasos de los jovencitos sabe muy bien cuán terribles son las reminiscencias de la juventud y cómo aquéllos (los jovencitos) olvidan fácilmente los castigos que les dan los padres, y con mucha dificultad los que les imponen los maestros. Viejos ha habido que se vengaron brutalmente de justos castigos que les dieron cuando se educaban.

El Sistema Preventivo, por el contrario, *gana al niño*, el cual ve en el Asistente a un bienhechor que le avisa, desea hacerle bueno y librarle de sinsabores, de castigos y de la deshonra.

4.º *El Sistema Preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno*, que el educador podrá, en cualquier ocasión, ya sea cuando se educa, ya después, hablarle con el lenguaje del amor. Conquistado el corazón del discípulo, el educador puede ejercer sobre él gran influencia y avisarle, aconsejarle y corregirle aun después de colocado en empleos civiles o comerciales.

Por estas y otras muchas razones parece deba prevalecer el Sistema Preventivo sobre el Represivo.

III

APLICACIONES

1.º *La práctica de este sistema* está apoyada en las palabras de San Pablo: *Chantas patiens est... Omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet.* (I Cor. XIII, 4, 7.) "La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera y lo soporta todo."

Por *consequente, solamente el cristiano puede practicar con éxito* el Sistema Preventivo. Razón y Religión son los medios de que ha de valerse continuamente el educador, enseñándolos y practicándolos, si desea ser obedecido y alcanzar su fin.

2.º *El Director debe*, como consecuencia, vivir consagrado a sus alumnos, no aceptar ocupaciones que le alejen de su cargo; aun más: estar siempre que pueda con ellos, a no ser que estén por otros debidamente asistidos.

3.º *Los Maestros, los Jefes de taller y los Asistentes* han de ser de acrisolada moralidad. Esfuércense por evitar, como la peste, toda clase de aficiones o amistades particulares con los alumnos. *Estos no han de estar nunca solos*, y, a ser posible, los asistentes deben ser los primeros en hallarse en los sitios a donde tengan aquéllos que ir, estar con ellos hasta que vayan otros a sustituirlos en la asistencia y no dejarles jamás desocupados.

4.º *Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto*. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos son medios eficacísimos para conseguir disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Procúrese únicamente que las diversiones, las personas que intervienen en ellas y las conversaciones que sostengan no sean vituperables. "Haced lo que queráis—decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri—; a mí me basta con que no cometáis pecados."

5.º *La Confesión y Comunión frecuentes y la Misa diaria* son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieren tener alejados el castigo y la amenaza. No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los Santos Sacramentos; pero sí se debe animarles y darles comodidad para ello. Con motivo de los Ejercicios Espirituales, triduos, novenas, pláticas, catequesis, póngase de manifiesto la belleza y sublimidad de la Religión, que ofrece medios tan fáciles como son los Santos Sacramentos, y tan útiles a la Sociedad civil y para la tranquilidad del corazón y salvación de las almas. Así quedarán los niños espontáneamente prendados de estas prácticas de piedad y las frecuentarán de buena gana y con placer y fruto.

6.º *Debe vigilarse, con el mayor cuidado*, porque no entren en una casa de educación compañeros, libros o personas que tengan malas palabras. Un buen portero es un tesoro para una casa de educación.

7.º *Terminadas las oraciones de la noche*, el Director o quien haga sus veces, diga algunas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que se vayan a dormir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Saquense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio, y no dure la platiquita más de dos o tres minutos. En ella está la llave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación.

8.º *Téngase como pestilencial* la opinión de retardar la primera Comunión hasta una edad harto crecida, cuando, por lo general, el demonio se ha posesionado del corazón del jovencito, con incalculable daño de su inocencia. Según la disciplina de la Iglesia primitiva, debían darse a los niños las hostias consagradas que sobaban de la Comunión Pascual. Esto nos hace conocer lo mucho que desea la Iglesia sean admitidos pronto los niños a la primera Comunión. Cuando un jovencito sabe distinguir entre Pan y pan y revela su cierta instrucción, no se mire la edad, entre el Soberano Celestial a remar en su bendita alma.

9.º *Los Catecismos recomiendan la Comunión frecuente*: San Felipe Neri la aconsejaba semanal y aún más a menudo, y el Concilio Tridentino dice bien claro que desea ardientemente que comulguen todos los fieles que asisten a la Santa Misa, y no sólo espiritualmente, sino sacramentalmente, a fin de sacar mayor fruto del agosto y divino Sacrificio. (Con, Trid., ses. XXII, cap. VI.)

IV

UTILIDAD DEL SISTEMA PREVENTIVO

Tal vez diga alguno que es difícil este sistema en la práctica; a lo que respondo que para los alumnos es bastante más fácil, agradable y ventajoso. Para los educadores encierra, eso sí, algunas dificultades, que disminuirán ciertamente si se entregan por entero a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus discípulos, por lo que debe estar pronto a soportar cualquier contratiempo o fatiga, con tal de conseguir el fin que se propone, a saber: la educación moral, científica y ciudadana de sus alumnos.

A las ventajas del Sistema Preventivo, arriba expuestas, se añaden aquí estas otras:

1.^a *El alumno tendrá siempre gran respeto a su educador*; • recordará complacido la dirección de él recibida y considerará, en todo tiempo, a sus maestros y superiores, como a padres y hermanos • suyos. Dondequiera que van alumnos así educados son, por lo general, consuelo de las familias, útiles ciudadanos y buenos cristianos.

2.^a *Sea cualquiera el carácter*, la índole y el estado moral de un jovencito al entrar en el colegio, los padres pueden vivir seguros de que su hijo no empeorará de conducta, antes mejorará. Muchos jovencitos que fueron por largo tiempo tormento de sus padres y hasta expulsados de correccionales, tratados según estos principios, cambiaron de manera de ser: se dieron a una vida cristiana, ocupan ahora en la sociedad honrosos puestos y son apoyo de la familia y ornamento del país donde viven.

3.^a Los *alumnos maleados* que, por casualidad, entran en un colegio, no pueden dañar a sus compañeros, ni los niños buenos ser por ellos perjudicados; porque no tendrán tiempo, ni ocasión, ni lugar a propósito, pues el Asistente, a quien suponemos siempre con los niños, pondría en seguida remedio.

V

UNA PALABRA SOBRE LOS CASTIGOS

¿Qué regla hay que seguir para castigar?

Cuando sea posible no se castigue nunca, y cuando no, recuérdese lo siguiente:

1.^o *Procure el educador que sus alumnos le amen*, si quiere ser de ellos temido. Así, el no darles una muestra de bien querer, es castigo que emula, anima y jamás envilece.

2.^o *Para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal*. Muchas veces una mirada cariñosa causa mayor efecto en algunos que un bofetón. El alabar a los niños cuando obran bien o el vituperarles cuando se descuidan, es gran premio o castigo.

3.^o *El pegar poco o mucho*, poner de rodillas con posición dolorosa, tirar de las orejas" y otros castigos semejantes se deben absolutamente evitar, porque están prohibidos por las leyes civiles, irritan mucho a los alumnos y rebajan al educador.

5.^o *Dé a conocer bien el Director las reglas* y los premios y castigos con que están sancionadas, a fin de que el alumno no pueda disculparse con decir: —Nada sabía estuviera esto mandado o prohibido.

Si se practica en nuestras Casas el Sistema Preventivo, estoy seguro que se obtendrán maravillosos resultados, sin necesidad de acudir al palo ni a

otros castigos violentos. Hace más de cuarenta años que trato con niños y jamás les he impuesto castigos de ninguna clase. Ayudado de Dios, he conseguido, no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba, tanto los buenos como los que parecían reacios a la educación.

VI

MAS RECOMENDACIONES

Todos los que desempeñan un cargo o asisten a los niños que nos confía la Divina Providencia, deben avisar o corregir a los alumnos siempre que haya razón para ello y de un modo particular cuando se trate de impedir la ofensa a Dios.

1.º *Procure cada uno que le amen, si desea que le teman.* Conseguirá este gran fin si muestra con los hechos, más bien que con las palabras, que todos sus afanes van exclusivamente encaminados al bien espiritual y temporal de los alumnos.

2.º *En la asistencia, pocas palabras y muchos hechos.* Dése ocasión a los alumnos de expresar con toda libertad sus pensamientos y estése atento para rectificar y corregir las expresiones, las palabras y las acciones no conformes con la educación cristiana.

3.º Los jovencitos *suelen manifestar uno de estos cuatro caracteres: bueno, ordinario, difícil y malo.* Debemos estudiar los medios conducentes para conciliarlos y hacer bien a unos alumnos sin perjudicar a otros.

4.º *Para los dotados por la naturaleza de buen carácter,* basta la vigilancia general y explicar las reglas de disciplina y recomendar su observancia.

5.º *La categoría mayor es la de aquellos que tienen carácter ordinario, algo voluble e indiferente.* Estos necesitan avisos y consejos frecuentes, pero breves. Es menester estimularlos, con premios, al trabajo y demostrarles, sin dejar por esto de vigilarlos, gran confianza.

6.º *Mas los esfuerzos y solicitudes debe dirigirlos el educador,* de modo especial, a la tercera categoría: a la de los discípulos difíciles y aun discoloros. El número de éstos puede calcularse en uno por cada quince. Trabaje el Superior para conocerlos y para averiguar su vida pasada; muéstrese amigo de ellos, déjeles hablar mucho y hable poco él, y sean sus conversaciones ejemplos cortitos, máximas, episodios y cosas semejantes.

No los pierda jamás de vista, sin dar a conocer, por esto, que desconfía de ellos.

7.º *Los maestros, los asistentes y cuantos educan a los alumnos* miren inmediatamente, al encargarse de ellos, si falta alguno, y dado caso que falte, llámenle en seguida, con el pretexto de que tienen que decir o mandar algún recado.

8.º *Siempre que se deba reprochar a los alumnos,* avisarlos o corregirlos, no se haga jamás en presencia de sus discípulos. Se puede, con todo, aprovecharse de hechos o episodios parecidos, sucedidos a otros, para sacar de ellos alabanza o censura, que recaiga sobre los alumnos merecedores de aviso o corrección.

EL SISTEMA PREVENTIVO SERÁ INÚTIL SI EL EDUCADOR NO ES PACIENTE, DILIGENTE Y MUY PIADOSO.

JUAN BOSCO, *Presbítero*

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción.	5
I Cuestión previa	7
II Éxitos rotundos	13
III Fuentes del sistema educativo de Don Bosco	21
IV El Sistema Preventivo	29
V La razón	35
VI La Religión	41
VII El Amor	50
VIII La Pureza	55
IX La asistencia	57
X La alegría	73
XI La disciplina	79
XII Premios y castigos.	85
Punto final.	91
Apéndice: El «Sistema Preventivo de San Juan Bosco».	97

LICENCIAS DE LA CONGREGACIÓN

NIHIL OBSTAT
El Censor Delegado
Rómulo Pinol, S. S.

IMPRÍMASE
Modesto Bellido
Insp. Prev. Cética
Madrid, 10 enero 1945.

LICENCIAS DEL OBISPADO

NIHIL OBSTAT
Dr. Andrés de Lucas
Censor
Madrid, 17 enero de 1945.

IMPRÍMASE
† Casimiro
Obispo Auxiliar